

«A media que va corriendo mi pluma me doy cuenta de que todo esto ya está magistralmente descrito con palabras de rancio sabor en muchos libros sabios. Pero que no digan que no tengo necesidad de repetir lo mismo con palabras nuevas porque si no expresara lo que aflora en mi mente creo que se me inflamaría el vientre de irritación y de cólera! Así que prefiero dar rienda suelta a mi pluma...»

(Kenkó Yoshida, Confesiones de un ocioso, p. 37)

Inicié este texto en Diciembre del 93, que fue cuando me ingresaron para operarme de cáncer de colon, y lo dí por terminado en Junio del 94. Empecé escribiendo a mano en el hospital, y más adelante, ya en casa, pasé a ordenador lo escrito y seguí escribiendo sin rumbo fijo, sin idea de escribir algo coherente o estructurado. El ritmo de los sucesos fue marcando el de la escritura, pidiendo capítulos y dirigiéndose inesperadamente hacia un final.

Escribí por necesidad, por buscar una vía de comunicación conmigo y también con los demás.

Escribiendo me permitía

En la primavera de 1993 empecé a sentirme mal. Todas las noches sudaba exageradamente, hasta empapar las sábanas; sentía fuertes dolores en la espalda, y un decaimiento general que no reconocía. Al cabo de un tiempo de no querer pensar en ello, acudí al termómetro, y vi que

apenas tenía unas décimas, y eso me tranquilizó. Atribuía mis dolores de espalda a alguna mala postura durmiendo, a algún tirón debido a un giro brusco, cosas así.

Pero los síntomas no disminuían, y empecé a tener inapetencia y desarreglos intestinales. Así que acudí a un especialista en digestivo, que me hizo placas de contraste y diagnosticó colon irritable. Pese a los cuidados y alguna medicación, las cosas no mejoraron.

Tenía por entonces 39 años. Bilbao era, y sigue siendo, mi ciudad de residencia. Allí había llegado en 1973, matriculado en la Facultad de Geología de la Universidad. Poco duraron mis estudios: por cuestiones de pasiones, y apoyándome en mi amor por la lectura, monté con un socio una librería -tenía por entonces 21 años y la librería se llamó Paradiso-. Viví por entonces lo que cualquiera termina por vivir en uno u otro momento: apasionamientos, exaltaciones, abatimientos, intentos, éxitos y errores. El mareo que todo aquello me produjo me hizo acudir a un psicólogo, con quien hice terapia y aprendí por muchos años, y todo eso reaccionó con mis creencias y mis vivencias con tanta viveza y virulencia que doce años después cerraba la librería, dejaba atrás un matrimonio puramente formal, tenía en la mano el título de licenciado en psicología y gozaba de un mundo de amistades que al día de hoy siguen siendo hebras esenciales en mi tejido vital. Y había encontrado, para ordenarme y manejarme, herramientas vivas suficientes, que provenían de la psicoterapia y de otros campos que en aquellos vivísimos años 80 se sumaban sin miedo ni pudor: lo que se vino a llamar la Psicología Humanista, los experimentos con distintas formas de espiritualidad, los abordajes corporales, la ascesis y el éxtasis.

Muy poco después Ana Zamakona y yo nos enamoramos mutuamente y echamos a andar juntos y en la misma dirección.

José Lezama Lima, el escritor cubano, dice en su novela Paradiso que "la verdadera rebeldía de los hijos para con los padres consiste en no convertirse a su vez en padres. Hice mía esa frase como lema durante casi 40 años, y sólo la dejé atrás cuando llegué a sentir que seguir

teniéndome a mí como sujeto principal y casi único de mis cuidados me sumía en un egoísmo que no me permitía ir más allá de donde ya había llegado. Y nos embarcamos en tener un hijo. Unai llegó un 7 de Enero de 1993.

I

Mis visitas a los médicos no condujeron a nada útil hasta que una mañana una doctora me palpó el vientre. Me derivó con urgencia a Digestivo y al muy poco, allí nos dieron la noticia de que tenía sin lugar a dudas un tumor de colon, que seguramente habría que intervenir. Aquel primer contacto con lo tumoral fue como un puñetazo, algo ante lo que no cabía reaccionar ni mal ni bien: solo recibir el impacto. Dimos la noticia en nuestras familias y enseguida el uno recordó que el otro podría conocer a alguien que... y apareció un cirujano del hospital de Basurto, el doctor Victor Atin, quien se hizo cargo de mi proceso hasta que el mismo me intervino en el quirófano.

Pasé por las pruebas pertinentes; recuerdo que los médicos hablaban entre sí en francés al ver el tumor, y yo entendía lo que con tanto tacto intentaban oscurecer, porque el francés es mi segunda lengua... Los resultados señalaban una masa muy importante, que estaba obstruyendo el paso de la materia fecal. Así que me dieron orden de ingreso en el hospital y allí estuve casi 2 semanas, con un régimen de alimentación muy ligero, preparando mi cuerpo para la operación. Durante aquellos días de diciembre, dolorido y progresivamente más debilitado, comencé a escribir.

.....

Flotan vapores de miedo cada vez que oigo pasos. Y es que, cada vez que viene una enfermera, ignora a los otros dos internos y se me viene a mí, a tomarme la presión o, como esta mañana, a sacarme sangre. Me veo la letra y, bueno, es producto de una postura extraña. Comienzo a escribir, a dar rienda suelta al pretendido caudal de páginas que andarían locas por salir... Tal vez estén ahí. Los flujos de ideas acerca de éstas páginas, ellos, desde luego, sí que están ahí.

.

— ¡A nada que me descuide, me van a terminar operando!

Como si estuviese en una partida de cartas o, mejor, en una tirada de Tarot, ponía encima de la mesa la carta y decía: “La operación”. Y también: “La muerte”, “la rueda de la fortuna”, “el ahorcado”, muchas más, tanto que a cada una es como si le tocasen uno dividido por todas las posibilidades de actuar, en vez de uno dividido por uno, ciento por ciento. Una de ellas será el camino, y las otras, para otra vez. Pero entretanto se destaca como ninguna “La operación, la intervención, la extirpación”. Ya estoy en el Hospital, me tienen a manzanillitas, me sacan sangre, me han hecho todas

las pruebas y me han dicho que me van a operar. Y yo he dicho que sí, que cuanto antes mejor. ¡A ver si va a ir en serio! (Y entra una enfermera, y nos toma la tensión a los tres).

Me abrirán y me quitarán, y ¿ya acertarán? ¿no se pasarán? ¿cómo quedará?

¿Me van a molestar mucho las nebulosas pruebas previas que preveo?.

Resulta que las cosas avanzan a su paso: No puedo dar fe de todas porque son muchas las que transitan: Que si esta que viene, que esa que si va. Así que no puedo, no alcanzo, tengo que renunciar a ese desarrollo: renuncio y sanseacabó. Y no renuncio a nada . Resulta que las cosas avanzan a su paso. Y, por supuesto, como avenidas de mar, anegan las ideitas limpias, dibujadas en la arena (cuando esté allí, escribiré... pero ¿y las visitas? ¿y los compañeros de cuarto?).

Si quiero, puedo; ya que quiero, puedo. Pero, ¿es seguro, es cierto eso de que yo quiera? Ay, ante mí está abierta la puerta del ahora. Es una puerta sobre la que me tienta hablar y pensar. Sobre mí está el manto del ahora: es un manto tupido, que se teje con visitas, con pensamientos fugacísimos. A ratos estoy abstraído, perdido, manda el cuerpo bajo en energías y me quedo con los ojos perdidos y un dolorcito sordo; a veces, en esos ratos, cierro los ojos y veo figuras. Y suele pasarme que intento apoderarme de

esa capacidad e intento darle órdenes — quiero ver tal o cual cosa — por no perder la ocasión y la cosa se me desvanece. Algo así me parece que también me pasa con otras cosas.

Página 2

No quiero dar lecciones, pero sí quiero dar lecciones. No quiero pontificar, pero sí quiero pontificar. No quiero decir: Esto es lo que sucede cuando a un buscador que se ha creído en su día preparado se le da la vuelta la máscara y le da el susto de muerte, pero eso es lo que quiero decir. ¿Y qué le pasa? No sé lo que le pasa. Me pasa que no me pasa nada, que donde me siento seguro y donde me asiento es en el presente, con mal humor y buen humor, y un menú muy variado que iré desgranando luego. Pero miro la puerta marcada con la calavera y aunque desvíó la mirada a izquierda y derecha ya se me ha quedado el fantasma en la retina; y no quiero que se vaya, me siento en el sagrado derecho y deber de afrontarlo ahora, porque aunque todo apunta a que no será ahora, (?) sí que está ahí, esperando, vaya preparado o no.

¿Y qué preparación me cabe completar en estas horas caóticas, en un ambiente tan divertidamente poco recoleto? Como a un amuleto me quiero a lo mejor agarrar a la última idea, a la buena, a la que me salve — o que me justifique — o me dé el

aprobado...

Y ese “a qué” no es banal. A que me salve.

— ¡Que alguien me salve! ¡Que alguien me justifique, que Alguien quede satisfecho conmigo!
Esto es de lo primero que salió. vi. ante mí cómo yo hacía un inventario ansioso de mí mismo,
y me consideraba incompleto... culpable... injustificable... así, ansioso:

— ¡No he hecho nada en esta vida! ¡Nunca he escrito el libro de éxito, no soy el
terapeuta suficiente, no le dejo dinero a Ana, no pasaré a la gloria, he dejado ir el
tiempo sin haber hecho rendir mis cinco talentos! ¡Cómo me va a tocar a míirme ahora!

— Y, soldado a esta ansiedad, una especie de propósito de la enmienda que promete
comprometer mi futuro en la búsqueda de la gloria para así... apagar la ansiedad con la
que hago mi ansioso inventario —.

Ah, pero también se me apareció un funcionario frío, de gafas , que recitando
salmos exóticos viene diciendo: Todo hay que dejarlo; lo malo es para Ana; algún día
tenía que ser: me fundiré en el todo cósmico y ya está; ya he vivido la muerte en el
pasado, la salida es al fondo a la derecha, yo voy solo en este viaje. Dejaré preparadas
instrucciones sapientísimas acerca de mis funerales y todos sacarán provecho de ello...

Un gran control emocional a cambio de no enterarme de nada. Lo contrario de la

ansiedad, nada de nada. Pero, claro, no gota de amor, ni de miedo, ni de deseo, porque el sueño se termina.

Y en medio, no hay poder: no ese tipo de poder, llevarme yo por aquí por allí, abrir y cerrar puertas, prometer, estar a punto de creer en las promesas. En medio estoy pendiente de lo que me digan, de la biopsia, de la medicina, de los operadores; de los amigos y de cómo se porten, de la familia y de las pelás.

Página 3

Pues sí, aquí es donde hay miedo, congoja, esperanza, aburrimiento, ganas de rezar, impaciencia, resignación, agradecimiento. Hasta sabiduría. Pero en el medio, me canso, me fatigo, tengo ganas de echarme a dormir y no me fluyen las ideas acerca de qué decir en estos párrafos que tanto, por otra parte, quiero dejar escritos.

Desde luego, no deja en pie ni una idea; no de las que yo uso. Me resulta difícil tragarme que esto que me está pasando sea proporcional a mis méritos, ni a los de Ana ni a los de Unai.

Y que no cuente en el mal trance con algo de inmunidad, de impunidad: a base de ponerme serio conmigo y con la vida, algo de seguridad debería ser mía por derecho.

— Hereje, villano, ¿esto es lo que tenías guardado en la manga, un contratillo

con tu diosecillo? ¿has cegado con esas zalamerías el ojo de la verdad, has convertido

en una frase slogan el “sé que voy a morir”? ¿dónde ha quedado aquél “hoy

es hoy y mañana quién sabe?.

Pero me revuelvo: Pues, ¿y qué?, ¿acaso puedo decir lo contrario? Yo cuento con vivir mucho,

con educar a Unai, con dar mucho y con disfrutar mucho; me asombra esta señal de

deterioro, esta exageración que no sé a qué viene. ¿A cuenta de qué mi cuerpo pasando

por el quirófano? Yo estoy preparado para ayudar a otros, mi sabiduría es para los otros,

ya pasará yo el último por la puerta.

Y, ¿es posible?, o mejor, ¿cómo sería posible que en un momento mítico de mi

pasado, estuviera mejor preparado — como en algunos momentos llego a pensar, o a

creer — para morir o para sufrir?. O es que mi camino ha retrocedido, ¿cómo se hace

eso?. Debe de ser que en un momento de extrema necesidad concentré mis fuerzas en

presentarme ante la muerte, pero ¡no he dejado de crecer!, ese miedo mío es algo de lo

que también hablaré, Después de descansar, después de dormir, después de abortar esta

obsesión.

Tal y como lo veo aquel primer contacto con el Hospital fue mucho más caótico de lo que yo podía entonces reconocer. Lo veo como el nacimiento de un río entre peñas: todo presión y

torbellinos. Me resulta difícil seguir mi propia escritura y los hitos a los que me refería; pero esto de un anterior “presentarme ante la muerte” se refiere a episodios en los que, no sabiendo por donde tirar en la vida, acaricié la idea de terminar de una vez con todo, hasta que en cierta ocasión decidí asomarme más al abismo –lo más posible sin llegar a ponerme en peligro- y lo que encontré, allí escondida, envuelta en dolor pero intacta, la puerta que había estado buscando.

Ya dormido, por cierto que con sueños de violencia. Se trata de matar a alguien; y en el sueño yo mismo me doy ánimos para esforzarme aún más. Matar a alguien es algo que cuesta, y conseguir que se deje matar... Todo partía de una cosita extraordinaria que aparecía al cerrar yo los ojos: una especie de insignia, destacando con precisión sobre un fondo negro; y esa insignia mezclaba, con tendencia a irse hacia lo grotesco, una imagen de mujer con otra cosa cualquiera. Se me fue hacia lo grotesco y desde allí a la muerte. Por otra parte, en fin, hay tantos detalles...

Paseando por el pasillo, cazo al vuelo frases de gente que sale del ascensor.

Escucho blablablás y en un momento me veo comparándome, la inanidad de tanta

charla mecánica con mi propia producción, elaborada, aprovechable, ¿cómo va a ser que

se preserve tanta nada y se vaya a perder este fruto de tantos esfuerzos?

Ahora viene, esperablemente, lo de cuando me pongo lúcido y severo para contrarrestar el patinazo egóico: ese egoiguismo proviene de un juego de engaño que se llama *el espejo de la madrastra de Blancanieves*, por el cual uno mira sus propias producciones en una máquina en la que automáticamente son calificados como los de máximo valor, los más costosos, los que merecen mayor calificación. Y, a menudo, los más hondos, la última palabra.

Hay que... hay que algo muy particular para situar los propios resultados junto al blablablá ajeno y ver, sin lugar a dudas, que son lo mismo. Porque lo cierto es que mi pensamiento es producto de un trabajo de refinamiento, de esfuerzo consciente. Que otros pensamientos hay que han alcanzado mucho más que el mío — pienso en los sabios o en los santos — y que también fueron puestos en una balanza y murieron en su tiempo mientras millones de zotes castigaban la tierra a base de decir sandeces. Y que, si bien el egoísmo y la inercia han sido mis motores básicos, también la búsqueda de la verdad y el deseo de ayudar han estado presentes. Entonces, la naturaleza que me ha concedido la ocasión y la herramienta para convertirme en alguien válido para los demás y para sí, ¿qué hace ahora desperdiciando toda esa inversión?.

¿Es así como nos vemos todos? ¿Aprovechables, sacando la cabeza por encima de los otros naufragos, diciendo:

— ¡Oiga, que no se puede olvidar DE MÍ!

Supongo, supongo que sí, que no hay Yo que no diga YO.

Entonces, ¿qué?

¿Cómo saber si mi vida está justificada? Mi palabra; esas elaboraciones sutiles en las que se ha mezclado el aprendiz de geólogo con el librero en una mezcla única, irrepetible; mi manera de apreciar a mis autores preferidos; mis lecturas de Gurdjieff, mi visión del tiempo y del pasado común... algunas de ellas irremplazables, únicas; ¿Qué son, finalmente qué son?

Combinaciones de puntos de colores en series de trillones de combinaciones; aportaciones ni siquiera minúsculas, que en muchos casos sólo han tenido lugar en la soledad de mi mente: conexiones de memoria, actividades neuronales, juegos de palabras o de ideas, a todo lo cual he dedicado una atención preferente, una adoración reverente, al saber. Un ser humano, en el río de las generaciones de los hombres, chisporrotea ahora, entre todos los momentos del tiempo, con un aforismo acerca de yo qué sé qué. Visto desde esta perspectiva, asusta. Mejor: anula, anonada.

Pero si anonada es porque va contaminada, con vicio. Presupone que la pequeñez indica poco valor, y que advertir la propia poca dimensión muestra una verdad desoladora. A esta perspectiva le falta la comprensión, la posibilidad de una comprensión que no sea la del mérito o del no-mérito. Tal vez en esas dimensiones fabulosas cada fenómeno, en lugar de perderse en la no-importancia, esa cosa tan estadística de uno entre muchos, sea eso que llamo importante, o necesario, suficiente por sí mismo para justificarse a sí mismo

sin más zarandajas. Perspectiva zanjada.

Ah, ahí se ha quedado, caída en el suelo, esta perspectiva sobre aquella vista.

Pero no quiero seguir adelante sin reunir los fragmentos y volver a formar el espejo, aquel en el que al mirarme he de distinguir, para distinguirme, menos que una mota de polvo en el cielo. Porque posee un poder, que es el de reducir a la nada el fenómeno del yo; no a la nada vacua, especulativa, sino a esa dimensión, en esa dimensión. En el escenario del todo, lucen el tiempo y la potencia del brillo de una chispa. Ahora es posible bajar al suelo y recoger con cariño los fragmentos estallados del engreimiento, la piel reventada del sapo que se creía buey. Era una perspectiva necesaria, o cuando menos, útil.

Pero si abandono esas dimensiones, ¿cómo saber si mi vida está justificada?

¿Voy a ponerme a contestar- por escrito y ahora- esta pregunta que baja por pendientes de emoción y sinceridad?.

Me atrevo a decir: “sí que está justificada” y veo que traigo el portafolios lleno de razones para apoyar... la vacilación que siento. Pero, ¡alto! Me encaro, exijo credenciales. ¿A quién cojones he de responder ahora a eso, que parece una pregunta y sin embargo no me está sentando como si fuera una pregunta? ¡Oiga, oiga, que es a mí a quien se está dirigiendo!. Me resulta ya un esfuerzo levantar del suelo las orejas, y el resto de mis hoy menguaditas energías, ¿me las voy a dividir entre pensarme, explicarme y preocuparme por ser entendido?-

¡A lo mejor salgo corriendo detrás de usted y le digo: — Escuche, soy Francis Elizalde!. Y punto.

Oh, ¡qué ganas de ensalzarme o de golpiarme!

¡Sólo a mí, sépalo bien, le calza el zapatito de cristal!

Me habían avisado de que la operación sería al día siguiente, de manera que aquella misma tarde empezaron a prepararme y siguieron con ello desde la madrugada del día señalado.

Ahora bien: al mediodía llegó muy alterado el médico que me iba a operar para comunicarme que habían mediado enojosos problemas técnicos y que íbamos a dejar la intervención para tres días más tarde.

Comienzo del segundo acto.

Página 6

II

Bueno, en fin, no me han operado.

Ah, mira, entraría al trapo a cualquier discusión. Se me ha puesto cuerpo de hacerme oír. Una vez que no me han operado, una vez que no... y de ahí no salgo.

¡Hacerme a mí esto!

Tengo gran capacidad de adaptación. O dicho más desde dentro, no tengo grandes resistencias a adaptarme. Si me abandono a mí mismo y me aísto de “deberías”, resulto muy maleable. Con una especie de sabiduría boba que consiste en que subo cuando sube el terreno, bajo cuando baja.

Es un estar ausente de toda obligación. Es tan simple, tan sin esfuerzo que en ocasiones me veo con ganas de que dure, con ganas de resguardarlo; comparándolo con la vida cotidiana y viendo ésta como una exigencia que va a vedar este otro estar. He aquí un tema interesante: me voy a mear.

Tómese nota y quédese pensando: cuando pienso así estoy fuera del flujo. Vamos a ver: es así que soy maleable, es así que me pliego al terreno. Se sigue de ello que ahora estoy ausente de obligaciones... porque estoy en un hospital donde no hay obligaciones. Y cuando el terreno cambie según transcurran el tiempo y las circunstancias, yo me plegaré; y bien recuerdo ahora de momentos en los que, sobre un terreno sembrado de necesidades, fácil-fácil he andado a ritmo de responsabilidades, tan fácil entonces como ahora esto. Así que cuando temo —como si que llego a temer — sufrir ataques egoístas, preferir este no-hacer a tener- pesadamente-que hacer, pues, en fin, no sé si es de temer o no, pero no va más allá de un clásico ataque de pasión, de mezquindad. Es un ejemplo perfecto de esas veces en que un dedo nos señala hacia un peligro y a donde hay que mirar no es hacia donde apunta, sino al dedo.

Sé muchísimo de autoobservación. Como para dar y regalar y andarlo aireando y vendiendo.

Soy un hacha. ¡Mierda!

SUEÑO: Con amigos, con todos, preparando planes (casa en la Plaza de Santiago de Estella). Sale en la conversación “La vida sale al encuentro”, de Martín Vigil, que tiene muchos otros títulos (por ejemplo, “La muerte está en el camino”). Bromas, buen ambiente. “Vamos al cine”. Me quedé rezagado, y solo en la calle. Un enmascarado se me interpone. Me detiene, me insulta, me provoca. Yo quiero seguir, pero va a ser imposible. Es uno luego son dos, tres... con cuchillos y máscaras verdes, que me van provocando.

Yo lo tomo a broma, a susto, a desafío, me voy alarmando, no me es posible atravesar sus barreras. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa conmigo?

Página 7

Aumenta la tensión y mi pregunta, ¿qué está pasando?”. Antes de despertar, han hablado, con ironía, de que eso ya pertenece a un “terreno proctológico”. Yo les estoy preguntando ¿pero qué es esto? (tocando el marco del cuadro de chamarilería en que han convertido la plaza) ¿Qué es esto? ¿Qué material es este? ¿Copro-procto qué es? Y me despierto.

El sueño me pareció modélico, venía a servirme en bandeja, desde el subconsciente, la continuidad que el irritado día de ayer había quebrado. Y me daba eso: una irritación ante un obstruccionismo, un estar un poco harto, un ¿pero qué es esta materia copro-procto-intestinal? ¿Pero qué es eso de tanta prueba y tanta máscara? ¿Qué pasa, me operáis o no me

operáis o es que estáis jugando conmigo?... El caso es que después de escribirlo he dormido muy bien y que esta mañana le he preguntado al médico directamente por los resultados de la biopsia — sin obtener respuesta, como es de suponer —.

Todo el día he vivido, creo yo, en esa sabiduría boba que apuntaba ayer. Un rato han traído a Unai a verme, y eso es cosa de otro calibre: es diferente estar con él o no estar. Además, Lidia, Gustavo, las cosas, y una especie de asunto que no sé si eludo... una cuestión que es... si quiero, si yo quiero recuperarme, ponerme bien, volver a casa.

Oye, es como si no pudiera decir que sí.

A ver, ¿se parece, como acaba de parecerme, al episodio de Pamplona, cuando una especie de ultrapureza me ponía en un estado de total aceptación de la que se me venía encima? No es mi...No: La única respuesta es sí quiero volver, cuanto antes, que se termine esta pesadilla que me amenaza con no recuperar mi anterior vigor. ¡A la mierda ya tanta cagada, estoy harto de sentirme pocho! Pero me he sentado a escribir con una idea y quiero desarrollarla.

Precisamente porque versa acerca de los objetivos de mi vida.

Nace del darme cuenta de que había perdido el hilo de esta escritura, de que el retomarla dependía de que “me viniera” un tema. Que, en cierta medida, comencé a escribir todo esto con una especie de deseo, de plan, de idea a plasmar: que se ha ido aquel germen abriendo y cerrando como un archivador de fuelles; y que llegaba a un mismo punto al que siempre llego: a que, o me llega de los cielos un impulso, o no hallo qué contar.

Que tengo ganas de escribir; que tengo hasta la mal introyectada obligación de escribir

y ser apreciado por ello; pero que no tengo aquello de “un objetivo”.

No tengo un relato que necesite contar, ni una clase que dictar, ni nada a lo que sujetarme. Lo cierto es que espero una inspiración, una llamada de Hamelín a la que seguir irresistiblemente, y así escribo al dictado de un viento desordenado.

No he cultivado el arte de ponerme metas. O soy un indisciplinado, o mi inseguridad me hace tachar cada proyecto antes de comenzar, o es que aún no he dado con ese algo que me obligue a atreverme y dar el paso.

Página 8

Porque en el asunto de elegir y decidirme me pongo nervioso y permito ideas de confesiones/novelas/diarios/ensayos que nacen terminados en mi cabeza y nunca llegan a la primera frase: esa primera frase me avergüenza.

Y, si pensando estas cosas es como nace el tema, continúa con la pregunta de cómo es eso en mi vida, en general.

Para llegar a contestar esto he debido de andar por zonas apuradas, porque noto ahora que no quiero detenerme en jugadas morosas, en las dudas acerca de, sino que llegar a las conclusiones provisionales, que son ya afirmaciones:

Dos objetivos al menos tengo en mi vida, ambos voluntariamente marcados, que son mi relación con Ana y mi paternidad con Unai. Y son objetivos a pesar de no ser eso que uno se propone con una idea de finalización en la cabeza, una escultura el escultor o una posición profesional el profesional. Sí son fines, sí son objetivos dinámicos: Estar con ella y estar con él a través de lo que venga, eso por encima de todo puedo decir, y que por ellos solos mi vida dispone ya de finalidad, de plan. Y eso debe quedar dicho, porque en ambos casos acepté, afirmé, decidí pudiendo haber hecho lo contrario. Son frutos reales de mi libertad y me hacen hombre. Queda dicho.

Aún así, me zumba el preguntarme lo mismo que con lo escribible, si no tendría que tener otros objetivos: dinero pues; tareas; conseguir cierta fortuna para los míos... pero es cierto que tengo muchos más lazos y compromisos, ahí está la consulta y tantos otros pesos para el platillo. Pero... Desde un plano que pretendo que sea el más patatero posible, me queda algo entre la duda, el arrepentimiento y la autoacusación y la ingenuidad de quien, de verdad, nunca se ha topado con esas cosas en el camino y no sabe si se trata de crearlas o de seguir hasta que se cruzan en el camino de uno.

Queda la vía de que esta duda — lo digo un día después, ya muy hablado el tema — sea más bien un negarme la posibilidad de conformarme y dormirme; que sea afán de superación.

Prepararme para la operación. Prepararme para estar preparado.

Me operaron. Pertrechado con algunos consejos y arropado de cariño, fui conducido en silla de ruedas a los quirófanos. Pero los últimos metros se me pidió que los hiciese andando. Así lo hice. Me tumbé en la camilla, conté hasta cincuenta y desperté horas después, en un pasillo del hospital de Basurto, con mucho frío.

Estaba de vuelta.

III

Cuarenta y ocho horas después. Eso que se dice “cuarenta y ocho horas”, una detrás de otra, sin otro quehacer que sentir. Es todo un “shock” de intensidad; de intensidad variable, por cierto.

Esta noche tenía algunos ratos malos; y venían a nacer del miedo, del miedo a flojear, a sucumbir y comenzar a perder el control sobre lo que estoy pasando. Y la verdad es — creo — que no he tenido en ningún momento tal control; que me he dejado llevar y eso ha sido lo único que he podido hacer; así que... más “sucumbido” que lo que he estado todo el tiempo, no hay manera de estar.

Pero, claro, qué mal rato, qué soledad cuando llego a creerme que todo depende sólo de mí. Me vuelvo loco y me entra un miedo loco a volverme loco. Menos mal que todo ello cansa, y el cansancio lleva al relax, al sueño, a donde tanto temía no poder llegar.

Tarde del día de Navidad. Estoy practicando el estar sentado en el sillón. No paro de embutirme lectura. Recorro a esta disciplina de escribir o escribir en postoperatorio, en esta página de la derecha. Que marca una separación con las páginas de atrás. La propia al cansancio, a la paliza, a la monotonía. Pero cada momento es cada momento:, no me veo

elevando el vuelo hasta lo que antes tengo escrito pero no quiero que eso sea una excusa para no escribir.

Qué alivio el haber soltado vientos, el haber hecho cacas y pises.

He dormido unos ratos estupendos, profundamente. Ya es domingo 26. Me levanto y me acuesto, y voy al water, pero me resulta duro andar; me encojo. Pero comparo inevitablemente mi estado con el de mis compañeros de cuarto. A Jesús, que estaba ya sin puntos, se le ha abierto la cicatriz, y Mario anda a ratos fatal, eructando y quejándose. Y estoy contento, incluso sin compararme, estoy contento y me siento fuerte.

¡Ya son días! Llevo en este cuarto, en esta cama como catorce días. Intento imaginarme el desbarajuste que esto tiene que estar suponiendo en el exterior. Para Ana y Maite y los demás implicados. El crío está llevándose su primera dosis de desbarajuste con sus once meses...

Y esto no se termina de inmediato — me digo últimamente, precisamente cuando empieza a coger un cierto aire de que, con suerte, terminará pronto —.

Son los días de post, y me hacen contraste con los días del pre. Son menos filosóficos, de vuelo menos alto (o menos hondo). Me faltan en estos días fuerzas como para llegar a conclusiones; más aún para mantenerlas. Pido que me suban la cama, o charlo, o noto esto y aquello, y ahí va todo. Pido más: el orinal, la almohada, cosas así que no pedía cuando estaba intubado. En la cama funcionando como un niño enfermo, un poco tirano: “Tráeme”, “vete que quiero dormir”.

Me canso, me apresuro, me entran retortijones. Descripciones, sí, categorizaciones, imposible. Tengo muy poca distancia hasta mí mismo como para hablar acerca de mí mismo. Y además, sobre todo, que no paran de intervenir sucesos emitidos por los otros. Viene Lidia a visitarme, Mario se mejora, me quitan la máquina de la alimentación parenteral y me dan crema de calabaza para cenar. Y todo el tiempo entran y salen visitas, enfermeras. Y yo voy al ritmo que me marca ese son, y eso es lo que me queda por hacer: describir ese ritmo y marcar el son.

Han reoperado a Jesús, y lo siento. Ahora está con el grogui de la anestesia, reintubado. Escuchándole se le oye desanimarse y también, a ratos, reanimarse, sacar resignación. Esta cosa de escribir en descriptivo es para mí bien difícil, pero es precisamente lo que me falta por conquistar: la descripción; lo concreto. ¡En abstraer soy ya todo un doctor y no hace falta que siga haciendo prácticas y más prácticas!

“Pero es que...”

¡Pero es que, nada! ¿No es acaso verdad que ha pasado apenas una tarde en este centímetro y que mientras tanto me han quitado los últimos tubos y la mitad de los puntos: me han dado de comer pan y pollo y me han dicho que mañana a la calle? ¿Y que mientras tanto Jesús va mejorando, Mario empeorando y yo he echado a andar por los pasillos?

¡Ay ay ay, lo mío no es ser escritor o, dicho de otra manera, no me vale con haber ganado el premio con cocaola. Escritor es un oficio, y yo no soy ni aprendiz. No tengo horas de meritaje, no tengo técnica. Hoy por hoy, desde luego, no. Hombre, para un artículo en una revista, sí

que doy. Soy velocista, por decirlo así: sí 100 metros, no 10 kilómetros marcha. Si tú ni tienes soniquete, ¿pa qué te metes?, me decía el Camarón.

Son los días del post, lentos y precipitados: Mario se repone, Jesús mejora y yo añadido 24 horas a la fecha prevista de salida. En los días torrenciales de lluvia que estamos pasando, hoy parece haberse hecho una tregua. No llueve casi, pero el cielo está muy oscuro, hay poca luz. Hoy es martes, día de los inocentes y ayer me dijeron que iba a ser el día de irme a casa. Será mañana. ¿Será o no será?

Es veintiocho por la mañana. Están en la habitación mis padres, el día ha empezado con buenas noticias médicas en la mini-comunidad de esta habitación, y eso se agradece.

Ahora me llega la noticia de que Pedro Setién ha tenido un accidente mortal. Estoy aquí, acorchado; Ana se va al funeral. Y me doy cuenta de que si fuera con ella, lloraría y tengo que cuidarme la herida; así debe ser por ahora. Siento no poder estar.

También la confirmación: mañana, a casa. Me han quitado todos los puntos; me dan de comer con pan y fruta y apenas una página atrás veo que me retorció; hoy ando más bien atascado. Y preocupado con ello, pero es que en estos días he perdido la noción del tiempo y un día se estira hasta lo inverosímil, vale a veces por tres y cuatro días.

Vuelvo a tener — a ratos — la cabeza llena de frases, e imagino que el cuerpo lleno de tics, todo procura volver a ser como antes. Llevo sentado todo el día como si hiciera semanas que me levantase. Supongo, creo, que parte del atasco del vientre es de esta estirpe. Confío en que los desarreglos que trae lo nuevo venzan al rutinario triquitraqui de siempre. Y lo de Pedro está ahí, a tiro de piedra. Hoy no he querido que me acompañen para dormir. Tengo aprensión por no haber hecho cacas. Por eso escribo con las orejas puestas — por así decirlo — en el culo; a ver si los retortijones...

Ayer me dijeron que hoy a casa. Y reconózcome que me he hecho a la idea: la limitación que supone estar aquí, en esta habitación, se me hace ahora mismo dura de llevar, sobrellevable a base de dormir y tragar periódicos. Y estoy esperando al médico, a ver si... ¡Hace tremendo calor!

Vuelve, desbocada, la costumbre: ayer empecé a mordisquear el culo de este bolígrafo y ya está todo comido. Levantarme, hacer, dejar atrás cuanto antes el episodio. Se me quedan sin escribir asuntos con aspiraciones a ser escritos.

*El contemplar cómo la postura que primero adopté después del susto del diagnóstico de tumor estaba muy cargada de estoicismo, y de un propósito de la enmienda que iba a hacer que mi vida futura fuera más austera, más “impecable”, exigente; y que, en contraste con ello, llegué después a pensar si los cambios que vengan no habrán de ser hacia una vida por ejemplo más amable, más holgada, más placentera.

* Una foto de estupor: Yo recibo un susto tremendo, pero antes de que la detonación se haya desvanecido, Pedro Setién está muerto.

*Oigo en mi cabeza el jaleo de las ideas desbocadas de siempre — absurdas, circulares y reiterativas —. Lo imagino como la turbamulta que se monta en torno a una pelea callejera. En su centro hay... un asunto apasionado: se arremolinan cuando dos se están pegando; indican pues una concreta situación de no-paz interior.

*Adversus Leopoldus: Los hombres somos los órganos viajeros de las mujeres, a ver: las mujeres, como las flores, lanzan fuera de sí ciertas cosas — polen, hombres — que finalmente caen en otras mujeres/flores para fecundarlas. El hombre es polen.

*Sigo sin haber defecado y ya me obsesiona un poco. A ver si en casa, me digo...

¡Ojalá agarre una diarreita!

Fueron días muy densos, vividos con muy pocas fuerzas los que pasé allí. Mis padres se vinieron a Bilbao, y recuerdo la sorpresa que me produjo el cómo me tranquilizaba todo yo cuando la mano de mi madre tomaba simplemente la mía. Y cómo le solté una bofetada en la cara a mi padre como un intento de comunicarme con él. Fue como estar en un crucero, pero enfermo, entre compañeros enfermos.

Diez días después me enviaron de vuelta a casa. Salir del hospital fue tan grato como ingrato. Vivía entonces en el 5º piso, y temía el subir y bajar de las escaleras, y al mismo tiempo estaba ya cansado del ritmo incesante de las habitaciones hospitalarias, con sus madrugones y sus zozobras.

Por muchos años tuve para conmigo una actitud de antipatía, de autocensura exagerada y desesperanzada; a eso me refiero cuando hablo en algún momento de que antes fui como una lanza y ahora –entonces- me transformé en una boñiga. Quiero decir que solo y enfadado conmigo, “erguido como una lanza” –flaco, pelado, solo- apenas contactaba con los demás ni con el mundo; en el hospital se despertaron en mí admiración, gratitud y curiosidad por médicos y auxiliares que tanto hacían y hacían por nosotros. Aquella manera de sentirme – aplanado, aflojado, confiado- se ensanchó y se quedó conmigo, lo que agradezco.

En casa, a 10 de Enero del 1994.

El camino se ha ido poniendo más y más ancho: esto es ya el post-postoperatorio y ya llevo un par de días observando qué tal se me da a mí eso de andar por caminos anchos; ¡Hay tantas cosas cuando hay mucho sitio!

Estuve ordenando mis viejos diarios y escritos, y a voleo me salían desde mil novecientos ochenta y poco, vez tras vez los mismos temas; vez tras vez tratados como nuevos y vez tras vez zanjados definitivamente: La fuerza de voluntad en temas concretos; la culpa; la cuestión de si está mi vida justificada y un montón de valoraciones y cuantificaciones acerca de ella.

Muchos otros temas; y estoy hablando de una mirada por encima. Y en esta ocasión, pues el sofoco de ver esa repetición y el deseo de reorientar algo para que no sigan apareciendo vez tras vez en el futuro, no al menos de la misma manera.

Y este indicio de necesidad de cambio, que está incentivado por el hecho de saber que lo que me quitaron era maligno, que no ha sido ninguna broma, andas por aquí en pugna con lo que ya veía en el Hospital, a saber: la vuelta de la costumbre, un veloz movimiento de vuelta a lo de siempre, puro carácter reconstituyéndose y rehaciendo el mismo nido. De tal manera que entre las dos tendencias hay un terreno, un cortafuegos, (¿un vacío fértil?) allí donde un hombre astuto ha de ir a refugiarse para luego tirar indistintamente a la derecha o a la izquierda según lo requiera el tiempo.

Una bonita lección del hospital era ese no empujar el río, porque andas falto de fuerzas y no hay forma; a lo largo de los días pasados, me he vuelto a ver empujándolo con la insensata creencia de que así hago las cosas mejor, que gracias a dios ya me vuelven las fuerzas y que tener fuerzas equivale en mí a un compromiso de utilizarlas inmediatamente empujando ríos.

Me ilusioné/apasioné con dar al diario del hospital una forma literaria: hice mucho; me atasqué — esa cosa tan normal — me desconcerté por ese atasco, me busqué tareas paralelas como esa de ordenar viejos escritos; me culpé por “irme por la tangente”, por “una vez más no terminar las cosas”, me puse nervioso. Todo por atascarme... Y al rato terminé por darme cuenta de que me había emperrado demasiado; que a lo mejor aquel escrito necesitaba, por ejemplo, del aireado de escribir... esto mismo para poder ser abordado, completado.

Pero sigo sin querer forzar conclusiones de un color determinado. Y no me extraña, porque uno de los resultados que ha dado esa ligera revisión de mis tesoros escritos es el de hacerme sentir ridículo; ridículo a la vista de tantas veces como me doy a mí mismo lecciones pomposas de cómo han de ser las cosas, una y otra vez, para volver a las mismas prácticas como si nada, exactamente. Por eso no quiero apoyar sólo la indulgencia ante lo que he llamado “atascos”; también quiero tomarme las cosas en serio, darme la oportunidad de ponerme serio, de sentirme algo harto...

*Cuarenta años. Estoy mucho mejor... que hace tres semanas. Unai anda con el bracito raro (esta mañana), y ayer no acerté a tratar con Ana. Necesito descanso y al mismo tiempo me tiro a ello como una coartada. El descanso me cura, y al mismo tiempo, en el mismo vagón, viaja algo así como una vagancia perpetuamente disfrazada de atareamiento; aquella misma que abría un libro de estudio en una mesa cuando quería no hacer nada: cualquiera que me hubiese visto hubiera sacado la impresión de chico aplicado. O aquella misma que utiliza énfasis vocales, cejas enarcadas, cuerpo contrahecho para mostrar esfuerzo y preocupación.

En el mismo vagón. El descanso propicia la relajación; lo otro, la ansiedad. Por sus efectos los he reconocido. ¿Qué hacer? Vigilancia, en grados que pueden ir desde la poca hasta la perpetua.

Unai vuelve con el bracito en su sitio.

¿Qué estoy haciendo?

Trato de unir la vía de la voluntad con la vía de la apertura, de algo que tampoco es que sea una no-voluntad...

Conviven en el mismo vagón: la voluntad y un quehacer caótico. ¿Ese mismo que servía de disfraz a la haraganería?

Por otra parte, sospecho que también viajan juntos...

O sea que, por lo que veo, lo que estoy haciendo es describir. Describir un camino que se ensancha, y utilizar esta doble herramienta — la Descripción en segundo término cronológico y la Percepción que la precede — como ayuda, en una situación en la que no percibo una transformación... qué sé yo, colosal, prometéica, por decirlo a lo grande; y en la que sin embargo hay semillas de cambio; y en la que por lo tanto, no voy conducido, raptado por una inspiración, sino que me he de apoyar en mis propios pies y utilizar mis propios ojos, boca, respiración, imaginación, valor, voluntad y defectos.

Es decir, una situación como toda la que vengo viviendo desde hace ya tiempo, y que afrontó una prueba de fuerza durante los días de hospital y enfermedad... y, claro, en la misma actualidad; a la que — me refiero a la situación — yo mismo caracterizaba, hablando con Ana, de horizontal por contraposición a la verticalidad de los tiempos anteriores al 87;

como un puñal con la punta blandida en lo alto entonces, como un plastón de vaca ahora; antes por la épica, ahora por la sustentación que da el tener mucho más base donde agarrarse la fuerza de la gravedad.

Describo y percibo; y en la forma, caracoleo, me adorno y me doy el lujo de ponerme esteticista; hago divinamente. Ahora mismo no veo peligro ninguno en darme gusto por tales cosas. Me ayudan a disfrutar de la vida; despiertan en mí un egoísmo descarado que de ordinario tengo encerrado — no por egoísta, sino por descarado y visible a la gente — bajo setenta llaves. Y llevo contracorriente a algo que recelo que tal vez existe: una tendencia incurable a la dependencia excesiva, a la complacencia en las formas hacia el otro.

V

Pedro está muerto. Tal vez sienta tan lejanamente esa verdad por no haber estado aún con Ichi, y mi propio estado de debilidad también tiene que tener algo que ver.

Más acá de esa separación que no es salvable, de esa irreparabilidad, mucho más acá queda la hostia edificante. Pedro, mi par, formado conmigo, necesariamente igual a mí en méritos, con una hija, tan parecido a mí, tan junto a mí como yo que sé, como conejitos en un tirapichón; a él, lo han tumbado, a mí no. Ni méritos ni fines ni misericordia ni privilegios. Ni siquiera se puede decir que la muerte remataba su obra, como con José Antonio López; venía del Congreso, donde parece que fue desalentado a soltar su discurso.

Verdaderamente, cuando canta la guadaña, no respeta treguas.

*Qué utilizable como base para superar ciertas cosas... Imagínese que esto le sucede a alguien que ha vivido procurando acumular méritos con el fin de, por ejemplo, conseguir cierta inmunidad, cierta impunidad, buenas obras por piso en el cielo. ¿Pero tú qué te has creído, chiquito?, aquí no cambiamos esos vales. Pues ese tal, quedaría posiblemente desolado en el primer momento, pero más adelante se encontraría con libertad a brazos llenos. Con un lugar donde uno podría — si aprovechara esta opción — moverse en muchas direcciones, sin necesidad de privilegiar aquellas en las que “hay mérito”. Y con una base desde la que superar una idea de la propia relación con Dios que pase por la idea de justicia en ese sentido de retribución por las notas buenas y castigo por la ausencia de buenas notas.

He aquí el momento de cambio. Así, por ejemplo: qué sé yo qué ejemplo escoger: La cicatriz me cambia la pinta de la barriga y lo que hay detrás de ella me cambia la manera de hacer la digestión. La dieta me ha cambiado. Hace ya un tiempito que no bebo alcohol, ni fumo en absoluto, ni tomo café ni ningún otro estimulante, ni tiro de especias.

Mis horarios de trabajo van a cambiar. Mis hábitos urbanos cambiarán con ellos.

Durante los próximos meses, el tratamiento va a ser una presencia en mi vida.

La operación empieza a perderse en la ventanilla trasera. Terminará por convertirse en otro recuerdo. Ahora es el tratamiento, la quimioterapia, la conciencia de cuidarme.

Y como esa conciencia, que ahora mismo es muy pequeña, dispone de esos cuantos meses para irse desarrollando — es decir, desplegando —, me regala ese mismo tiempo para desplegar mi cambio.

Sí, porque imagino, pienso e incluso sueño con por ejemplo, cambios en mi quehacer terapéutico; y claro, esas ideas, desprovistas de la prueba del nueve que es la realidad, se hinchan y se deshinchán. A ratos me embebo en ellas y un tiempo después intento repetirlas tal cual de memoria y no lo logro. Y lo mismo me pasa con las demás cosas. Este mismo arranque de escritura llega cuando ya ha perdido la nitidez todo un conglomerado de intentonas de varios días atrás.

Incluí el cambio. De cómo ya hoy hay cambios reales en mi vida, gracias a lo cual no he de preocuparme por desaprovechar la ocasión de producir unos cuantos de ellos. De cómo, por otra parte, noto que me cuesta detenerme en la parte más dura del tema, es decir, lo canceroso; y lo necesario que va a serme tomármelo en serio para no convertir las

servidumbres a que me someta en una tortura o en un juego de “te hago una trampilla, me como un tanto así de pipas y a ver si no te das cuenta”. La necesidad que tengo de darme cuentas a mí mismo antes que a nadie, y de contar para ese acto con un receptor de resultados serio e inflexible. Y digo inflexible a contrapipa, pero es que ya sé yo lo que llevo a hacer con mis posturas flexibles.

Incluía, ahora que viene al pelo, la noción de que la terapia es un compromiso con un cambio. Es algo que pensaba en el preoperatorio y que ha ido perdiendo brillo. Veamos: El neurótico llega al terapeuta con un síntoma y busca de un diagnóstico que identifique qué mal jodidamente infiltrado en él le hace sufrir a él, que no quiere sino ser feliz. Pero no existe tal mal. Lo que sucede es que hace mal las cosas y eso le trae resultados penosos. La terapia es el camino que le lleva al descubrimiento de esa verdad y, por lo tanto, a las puertas de la solución. El compromiso es el de poner por parte de uno lo necesario para salir de la situación; y lo necesario resulta muchas veces ser material que uno no maneja, o reprime, o ignora, desprecia, teme...

*Desperzear los músculos, estirarme. Recomenzar a trabajar. Verbos en infinitivo, impersonales, dirigidos a cualquiera, casi a cualquiera menos a mí mismo.

*Me doy cuenta de... que utilizo un modelo que incluye ¿cómo lo diría? Sucesividad. Ahora, después. Por dios, qué estoy diciendo.

No ha de haber cambios menores que los que ya me han tocado. Lo menos que me puede suceder es que he tenido un cáncer y que eso ha dado lugar a una operación y a un tratamiento.

Cierto, cierto. Pero si no le importa, quiero que nos detengamos ahora para dar cabida a un interrogante que me acucia (?) ¿A qué viene esta obsesión por dejar bien claro que de ninguna manera va a seguir siendo todo igual? ¿Qué papel juega esta devoción al cambio?

El primer papel que veo es uno literario: Yo he pasado a ser protagonista en ese guión arquetípico en el que el héroe vive una iniciación a través de un grave suceso allá por los años de su madurez, y a través de ese rito de paso ingresa en una nueva dimensión de su vida; altera sus costumbres, se desprende de la vieja camisa como las culebras, y su obra adquiere otra dimensión. En este esquema, en este guión.

Otro papel: pues el de tener verdaderamente una mosca cojonera que insistentemente va a mantener mi atención alerta. ¿A qué? Al hecho de la muerte, a la parte económica, a la salud. Cercanamente, al aviso que recibí al reordenar días atrás los papeles de los años pasados: la impresión que me causó el ver cuántas cosas que creía que eran descubrimientos actuales y propósitos de la enmienda de última hora aparecen de manera casi idéntica hace ocho, seis, cuatro años... Y como veo que otra vez se rebobina el carrete y empieza a pasar de nuevo la misma película, aquella que por otra parte aseguro, libre de toda coacción, que estoy harto de ver...

(Ese “libre de toda coacción” hay que revisarlo. Es muy probable que sí que haya estado autocoaccionado por ese deseo de conseguir méritos).

Y, ¿a qué tanta necesidad de acotar UN cambio?

O, dicho sin acritud: ¡Qué cosa, esa necesidad de acotar UN cambio!

Hoy es domingo. Escribo desde ayer, sábado; ayer me sentía descontento porque apreciaba que tenía desleídos periodos y entrelazamientos de percepciones que el viernes habían tomado cuerpo como resultado de la alquimia de ideas habidas el jueves, el miércoles y el martes, fundadas en cosas previas... Algo de lo que quería dejar escrito era que se me iban las cosas de las manos, como las nubes, y que una vez más se puede decir tanto que ninguna nube merece la pena ser tenida en cuenta — en razón de su misma fugacidad —, como que no es posible conocer en verdad el universo si una nube queda sin conocer. Así que, como decía el buda, «impermanencia, impermanencia»; y como decía Heráclito — creo — «todo cambia».

Lo difícil es conseguir que algo no cambie, y me parece que eso es lo que pretendo cuando hablo de conseguir un cambio. (Esto sí parece fértil). Si es eso, si es así, lo tengo claro: Nunca lo conseguiré. No lograré detener el cambio y congelar mi yo y mis circunstancias en una configuración inmutable. Ni estable.

No lo conseguiré: no está en la naturaleza de las cosas. Pretendo un imposible, y me enfado por no conseguirlo.

Pero es que no es eso exactamente lo que veo, no es así como se representa ante mí. Lo que veo es que tengo que conseguir cambiar, y que ello es tan importante que tengo que considerar lo que de oportunidad de intentarlo tienen los distintos momentos y circunstancias de mi vida. Y esta visión encaja con toda coherencia en mi manera de creer en mí y en mi relación con las cosas.

Es decir, que creo a ciegas en que he de cambiar o, dicho de otra manera, en que así, no. Así no entraré en el cielo, o no seré perdonado, o lo que sea, aquello que para mí represente la mayor amenaza. ¿Cómo, si no, entender una orientación tan persistente y tan exageradamente exigente y torturadora como ese “así no vales, has de cambiar”?

¿Cómo se llega a hacer la sensación de no-derecho a la existencia algo central en una mente?

¿Cómo, si una vez que he podido detenerme y mirarlo de frente se ha venido abajo mi creencia, y cómo a pesar de todo ha persistido más allá de mi razón y mi memoria?

Fíjense bien, a lo mejor el enunciado correcto es: “Así, no seré inmortal: si no cambio, moriré”.

¿Por qué no? Basta con traer a este capítulo el recuerdo de mis primeros y tremendos terrores: Cuando, muy muy crío me angustiaba que me fueran a entrar la lepra o el cáncer.

Sobre todo: es un cambio no dirigido. No presenta un objetivo fijo, ni permite una victoria.

Crea ansiedad y motiva a dar palos de ciego; es a este “cambio” al que me estoy refiriendo, retintín que sospecha de todo lo que hago y que maldice centésimas de segundo después de cada movimiento, porque seguro que no lo he hecho como debía de hacerse o como debía de haber podido llegar a hacer.

Y ¿ya tiene que ver esta hormigazón culposa con ese cambio que no es sino quimérico deseo de fijeza? Discutan sobre ello los técnicos.

Para los nuevos capítulos, podríamos escribir acerca de... los cambios. De la acumulación especializada en el saber.. De eso que se puede ver a nada que se mire: soy incapaz — salvando las distancias o mejorando lo presente... — de resistirme a un buen libro de datos,

sobre todo si va de ciertas materias: animales, especialmente mamíferos (las aves, menos; los reptiles, bastante; los insectos por familias, que son tantos...), catálogos (casi de cualquier cosa, discos, libros, aparatos de música...), nada de ropa, nada de educación, nada de sociología, cualquier cosa de mitología, de vinos, aunque menos que antes; de licores, whiskys; de divulgación científica, nada de arquitectura, ni de escultura, todo de fósiles, nada de mineralogía, de ingeniería, ni de nutrición; sí de misceláneas, de anécdotas exóticas — milagros, fenómenos, arqueología —. Sí de cocina, de religiones no-católicas. Materias para las que siempre tengo abierta la puerta, colecciones en las que “me falta...” como en las de cromos de antiguo. Colecciones que se siguen haciendo: marcas de aparatos de música, de discos, nombres de instrumentos musicales, flautas, tortugas. Siempre algo especializadas, no vulgares, las elijo de entre aquellas que no son elegidas mayoritariamente: Uno tiene menos interlocutores, pero es más fácil causar impresión.

Inagotables, como en el transcurso de la vida, son colecciones que en un principio no lo parecen. (Los componentes de tal conjunto son fulanita, tal y cual y aquellos otros tres y punto. Los animales de mi colección eran unos cuarenta: sólo faltaba el gorila). Ahora, se diría que una vez que comenzó la cosa, ha continuado por su cuenta sin hacer jamás balance. Abro los ojos, veo el dato, lo incorporo y sigo. Y siempre hay más. La colección no se termina, ni la intención se revisa, así que todo sigue funcionando, y nunca es suficiente.

Siguiendo, siguiendo, han ido pasando cosas y días. Ahora estoy en puertas de empezar el tratamiento de quimio, que principalmente viene a serme el recordatorio molesto de lo precario de mi estado — o de lo que se sabe acerca de mi estado —.

Me causa hoy por hoy una sensación como de obstáculo en una carrera de vallas; se sale de la partida y se corre hacia la meta, y al cabo de un trecho, más cerca del final se interpone una valla. Lo mismo que yo, que a medida que pasan los días me acerco más... al tratamiento.

Una parte de mis ideas se dedican últimamente a rondar el tema de la muerte.

Y cada estrofa de ese largo pensar tiene en sí misma algo de verdad, pero se reduce a otra cosa al poco tiempo, empujada por la siguiente y por esa lucidez que no sé si es tal y que tantas veces me aparece cuando escribo: me refiero a la crítica a toro pasado, a la Última Idea Acerca De Ello, a lo que estaba a punto de escribir y posiblemente escribiré, porque me puede el deseo de que hasta la última gota de mis pensamientos sea muy tenida en cuenta a la hora de asomarse a mí...

Una idea, un paisaje con moribundo:

Qué indecible maravilla ha sido para mí la vida, llego a dudar de que toda mi vida, todo el universo sean otra cosa que una creación de mi mente, porque,

¿Cómo si no ha podido darse una unión tan total entre mi sensibilidad y lo que la vida me ha ido trayendo?

¿Cómo las cosas han tenido pues ese sabor que tan hasta mi límite me han llevado a gozar?

¿Cómo, por ejemplo, ha podido darse una realidad en la que existen los cardos, el pan, el whisky de malta y el sufrimiento exacto para despertar en mí el sentimiento de lo insoportable sin llegarme a aniquilar?

¿Cómo un mundo con un grado de horror los campos de concentración, el dolor ajeno, que llevo a entender, que son incluso necesarios en la imagen explosiva y plena que yo me hago del mundo?

Y, sobre todo, ¿cómo explicarme tanta y tan exquisita dulzura a mi alrededor; una historia tan bella, tan conformada a mi gusto; unos amores que calzan conmigo con tan inaudita precisión, un hijo que sea tan bello y bueno a mis ojos, sino porque todo sea producto de mi deseo, de mi amor, que todo esto sea un universo exclusivamente mío, poblado únicamente por mí; que nunca haya habido ese pasado Jurásico que en mi particular historia existe pero tal vez en ninguna otra parte,

que muerto yo - porque moriré; en mi universo es aceptado que llega un momento que se llama muerte - todo esto seguirá sin existir: ni la literatura, ni Ana, ni la ex-uni6n sovi6tica, ni Goyo que discutiría esto que anoto.

No sé cuál es mi origen, ni qué es este juego de espejos en el que he inventado un espacio (estrella-planeta-via láctea, todo, tailandia, parís), lo que he ido poblando progresivamente de algos (colegio-libro-pamplona-música-lotería-preservativo-pérez galdós-muerte-águila imperial-budismo-árabes...) conectado con lo que soy únicamente por la respiración (¿?)

Pero mi agradecimiento, mi empapamiento en la dicha que esta vida ha sido para mí me tientan a ese desvarío lírico, como una aproximación a ese indecible mensaje de gratitud que quiero dejar como recuerdo

- y como una lección para incautos lectores.

Otro ensayo que bordea el gran tema empieza al poco de terminar el anterior. Imbuido de la semi-inmunidad que proporciona todo lo antedicho - que sí que la proporciona; piénsese si no en lo facilitador que resulta el pensar que todo esto no es otra cosa que un sueño propio, y que la muerte será un despertar igualmente propio, y que aquí no queda nadie jodido o necesitado, de la misma manera que nunca ha habido otros muertos antes, sino sólo los nombres de aquellos que yo he ido diseminando por ahí, ya con todo detalle y apellido, ya en masa tipo “treintay ocho mil chinos muertos este año en...” -, imbuido pues etc etc, cambia el panorama.

Sí es cierta esta tierra, sí estas circunstancias. Por mí, morir no me importa nada. Si estuviera solo, no me preocuparía, pero me duelen Ana y Unai. Me da pena por ellos...

Y ahí descubro algo. Y es que en esa formulación estoy diciendo una media mentira y una media verdad. La media verdad es que me duele. La media mentira, que no es por otros, no por mí.

Y es que caigo en la cuenta de que mis sentimientos por Ana y Unai son yo, que no existe tal cosa como un yo separado de los sentimientos. No se puede decir “me duele, pero no por mí”.

Si me duele, es por mí. Claro que es por mí, es decir, por alguien que está enamorado de Ana y de Unai. Ese soy yo. Lo falso, mejor dicho, lo sinsentido es el enunciado “si estuviera solo...”. Sólo sirve para dejar una puerta abierta a la quimera de que morirme no me importa.

*Amaya me regaló estos días “el hombre que se enamoró de la luna”, una extraña novela americana que me dió muchos puntos de identificación. Véase:

“Empecé a imaginar que el mundo era solamente yo imaginándomelo.

... aprendí el idioma de la luna. Me dijo que el mundo es, y solo es, tal como lo imaginamos.

Con el idioma de la luna como mi única lengua, hice el mundo una creación mía.

Me venía muy bien, puesto que así, era yo quien había creado el dolor y podía descrearlo.

Si todo era una idea mía, entonces la tristeza también era idea mía.

¿Qué es el idioma de la luna?, me preguntaba la gente.

“El idioma del corazón”, respondía yo.

Pero no es verdad, el idioma de la luna no es el idioma del corazón. El idioma de la luna es el idioma de la mente”.

En los sueños habito historias coherentes que después, al despertar, no continúan, que se apagan al apagarme yo oníricamente hablando. Es decir, exactamente lo que ando contando, que mi fin es el término de todo. Aún más: aunque no puedo asegurarlo, estoy casi seguro de que muchas de esas historias (o todas) incluyen, por necesidad de coherencia, todo un mundo de referencias que dotan de verosimilitud a lo soñado, es decir, que incluyen todo un pasado en el que la historia se fue gestando. No me vienen ahora ejemplos, pero imaginemos - usted y

yo - que estoy charlando con Jodorowsky, a quien en esta realidad no conozco personalmente.

En el sueño, ese estar charlando viene de una cierta intimidad entre él y yo, y aunque no

aparezca en la visión, sé que existe todo un guión preparado para explicar ese encuentro:

cuándo nos conocimos, dónde (digamos que en México, pero ¿cuándo he estado yo en

México? - acompañando a mis padres - y ¿cuándo fueron? - cuando lo del ovni - y eso,

¿Qué...?). Y eso es toda una otra vida mía. A razón de una o varias por noche, tengo una cierta

experiencia en vivir en universos subjetivos...

Pero éste, dura mucho; su consistencia en lo temporal es suficiente garantía de solidez

existencial: por si no fuera suficiente la poderosa coherencia de su guión, coherencia que brilla

por su ausencia..., o que es coherente de la misma manera y en la misma medida en que lo era

la plaza de Santiago tomada por mascarones verdes amenazantes de mi sueño del hospital, es

decir, coherente con y en mi mundo referencial del momento.

Y duración que es imposible de medir por falta de comparaciones. Lo mismo que en un sueño

las cosas nunca suceden demasiado rápido como para ser reales, no: van al ritmo exacto para

dársela a uno con queso, y duran muchísimo tiempo y este tiempo son, si nos ponemos serios,

indistinguibles.

(Claro que hay que tener claro esto, a estas alturas, es puro, voluntario idioma de la luna, de la

mente, pero es que tengo al corazón en esta mental disposición).

Dispongo de tiempo. Es sábado 5 de Febrero de 1994. Flota una inquietud como un

castañeteo; escucho como música de fondo una Raga para la estación de las lluvias que me

compré hace nada, y es como un aullido en la noche, algo enervante que invita a cargarse de

energías porque los dormidos y los débiles no tienen ahora derecho a seguir sin fuerzas ni

dormidos; una llamada que sólo deja de lado a los muertos. La canta una mujer, y cambiaría toda su intención cantada por un varón.

Después de “El hombre que se enamoró de la luna” estoy leyendo otra novela que se titula “El país del agua”. Un profesor de historia me cuenta su historia y, olfateando mis asuntos, me da su propia versión de ciertas cosas:

«... Lo que importa es el aquí y ahora. Pero, ¿qué es ese tan traído y llevado Aquí y Ahora? y... ¿cuántas veces, niños, entramos en el aquí y ahora? ¿Cuántas veces viene a visitarnos el aquí y ahora? Tan raras veces que nunca es como nos lo imaginamos... Nos proporciona tanto alegría como pánico, y se presenta raras veces; ni siquiera viene cuando lo llamamos. Así es como son las cosas: en la vida hay muchos espacios vacíos. Estamos hechos solamente de una décima parte de tejidos vivos y nueve partes de agua; la vida está formada solamente por una décima parte de aquí y ahora y de nueve décimas partes de historia. Casi en todo momento el aquí y ahora no está ni aquí ni ahora.»

El caso es que cada vez que abro este fichero encuentro el encabezamiento referido a la muerte de Pedro, y algo me choca, no sé cómo decirlo. El choque de aquí y ahora me parece que hubiera de venir de la mano de noticias como esa, y hasta ahora no lo he tenido.

Hay un terreno complejo ahí. Estoy entrando por el Portal de Pedro hacia otro sitio, y es un caminito que veo lleno de revueltas, largo de tiempo, excesivo para ser un simple ejemplo. Al final llegaría más o menos a hablar de este estar y no estar en la alarma.

Hablaría durante horas de lo sutil que es el aquí y ahora, de cuántos momentos en cada día me traen secuencias de ideas que me gustaría dejar escritas, y de cómo unas horas después, cuando me encuentro sentado y me dispongo a escribir, siento que lo que tengo entre manos es caduco; lo he desgastado a fuerza de pensarlo; quiero a pesar de todo dejar constancia de ello por pura voluntad, por no caer en las redes del exceso de fidelidad al aquí — precisamente — y ahora; se me amontona con las ganas de escribir acerca de lo que en esa contradicción está ocurriendo; renuncio, me encabezo.

Hablaría tan rápido como pudiera, tan rápido como el pensamiento, acerca de todo y para no dar tiempo a que sucediera nada más: el jodido tiempo siempre va por delante de mí, nunca he conseguido adelantarlo en, digamos, dos minutos, no más, y verlo venir como el torero al toro, con tiempo para ponerme aquí o allí.

Hablaría de los sueños que esta misma noche me han ofrecido un muestrario estupendo de historias que incluyen en sí mismas tantas pruebas de realidad como preguntas acerca de ello pueda llegar a plantear el soñador: ¡Mira los que hay aquí, es la Plaza de Elvis Presley! Y efectivamente, yo recuerdo al momento haber oído hablar de esa mítica plaza y Roberto está allí para explicar que es un lugar muy frecuentado por pandillas, que lo suelen alquilar para fiestas nocturnas, etc. etc.

Hablaría de Pedro, de que ante sus fotos sí que me conmoví, de que no termino de echarle en falta, entre otras cosas, porque nunca fue una presencia determinante en mi vida, de las vueltas que este asunto de la enfermedad viene dando conmigo.

Hablaría de cómo pensaba que no me lo tomo en serio, de que estoy convencido de que es una bravata, de que no viene a por mí, de que no voy a morir de este cáncer, ni siquiera a padecer mucho más por ello. Y de que sí que me lo tomo en serio, si no, de qué tanto escribir y tanto ponderar si tal o si cual...

Necesito varias manos escribiendo a la vez en distintos folios para tranquilizarme, porque cada vez que quiero entregarme a un hilo de expresión me detienen el paso una porción de otros hilos que no quieren ceder el sitio. Por ejemplo: esta parrafadita me estaba empezando a ser necesaria para dar alivio a unas ganas de “circunloquear”, que es un verbo que nombra a una mezcla de actos donde entra el autojustificarse, el quejarse, el dar — como los perros — unas vueltas sobre uno mismo antes de echarse... a dormir.

En fin, estos párrafos que no van a ninguna parte, que cumplen la misma función que las sucesivas negativas que damos cuando niños a las peticiones de que mostremos alguna habilidad (canta... o enséñales cómo haces...), me los tomo a mal frecuentemente; no me apetece ni necesitarlos ni pensarlos, cuanto menos escribirlos. Pero no tengo verdaderamente necesidad de ser tan estrecho; es cierto que me pongo super-estrecho. Bien puedo tomarme — con provecho seguro — tanta hiper-estrechez como un síntoma de Importancia Personal,

saltarme las costuras e incluir tantos párrafos, autojustificaciones y lo que se me pueda salir de los cojones como quiera.

(Pero, claro, estas son las cosas que pasan cuando uno escribe procurando hacerlo lo mejor posible, para un lector). Por lo demás, he pasado mi primera semana de quimioterapia, cuidado por Ana y todo ha ido muy bien.

Y ahora una mano se irá a escribir acerca de Ana en todo este proceso, porque si no, la otra podrá dedicarse a disertar.

De la misma manera que antes me di cuenta de que decir “sufro por ti” es una manera de evitar el decir — y tomar conciencia de ello — “sufro”, de la misma manera se me hizo patente el que siento miedo. “Siento miedo por Unai...”

Hay en esto una ampliación de mi punto de vista. Algo que me describo como un llenar los agujeros de una malla. Hay miedo o sufrimiento en áreas que antes no destacaban. No las veía porque no las veía llenas de nada. Ahora se diferencian, se despliegan... También me digo que estuviera yendo adelante en una limitación en la mirada que en su día me indicó Antonio acerca de cómo mi percepción se quedaba fijada en los detalles, que me faltaba visión panorámica.

Y hay además, que a través de todo ello me voy dando de mí mismo la visión de una persona completa, que no tiene que seguir esperando a una adquisición más para estar completo y así adquirir derechos de juego. Así me repercute este llenar zonas ignoradas; así de bien me sienta el ver a las claras que tengo miedo, que sufro y, por supuesto, que siento. Tan bien que, sin buscarlo, estoy retirándome años de condena.

Que — lo digo, lo digo — lo que estoy viviendo es una transformación. Que estoy viviendo de una manera que igual me sirve para seguir viviendo como para despedirme de la vida. Que mi intento en este momento sirve igual para la vida que para la muerte. Que la clave, el talismán, lo que marca la diferencia es la sinceridad.

*Días atrás me vino en oleada la visión de todo aquello no-intelectual, no-cultural, de lo que es mi vida (y aquí viene una enumeración no exhaustiva de funciones biológicas, a saber, los enlaces químicos, las corrientes eléctricas en el sistema nervioso, la vida del hígado, de los epitelios, del corazón, de los riñones, los zumbidos, ruidos, calores, brillos en número casi infinito que continuamente se hacen y deshacen en este organismo fabulosamente grande y complejo que soy yo). Y de la desproporción que se da en la representación que de mí mismo hago, toda vez que para referirme a mí me refiero casi en exclusiva a mis ideas, mis hazañas y fechorías en el terreno digamos civilizado.

En el escrito del hospital lo dejo ver cuando busco medir los méritos que tenemos diferentes personas ante la muerte, a base de comparar nuestro habla, los temas de los que hablamos y en los que pensamos.

Y se me despiertan sentimientos más de rebeldía que de otra cosa, que me soplan al oído que lo mejor sería ir a vivir al campo; mejor para Unai y más coherente con lo que recién he descubierto. Pero no me dicen a dónde, ni como ni cuándo. Y yo, tampoco lo digo.

Escribiendo lo cual tengo alguna referencia que me ayuda a centrarme, porque es como si todo pareciera estar bien pero, pero... Esa pista de que ando en un estado de ánimo rebelde,

que algo me habla y con ello logra excitarme los nervios y consigue que tome por pensamientos lo que más bien son irritaciones de la pelota... Los últimos sueños me encajan por aquí, y también la vehemencia con la que quiero escribir, un poco — un poco, pero algo es algo —, como cuando me pongo disc-jockey.

Leí en la Filosofía Perenne que «el desenmascarar los pecados no es el fin, ni el arrepentimiento. El verdadero fin, la meta sabrosa del viaje es el advenimiento de la Sabiduría. Ello es la felicidad, que es la buscada.» (busco la cita para transcribirla literalmente, y no se me aparece).

Voy haciéndome a la idea de que lo que estoy escribiendo es mi testamento. Por eso escribo sin poder dar más de mí, a trompicones, con ganas al mismo tiempo de hablar de todo y de lo contar todo acerca de cada cosa; imposible preparar un resumen para una obra de tal envergadura. Máxime porque a cada momento cada momento fecunda mi mente monocroma y le hace incontables nuevos hijos; y aún más que más máxime por lo incierto que se deriva de la cualidad de testamentario del escrito: ¿cuánto tiempo tengo para pasar al papel todas estas cosas?. Así que a trompicones.

Aunque esto dure otros cuarenta y nueve años, claro está: seguirá siendo mi testamento, y Dios en su generosidad me ayude a recordarlo y no olvidarlo, porque aquí radica, — es decir, se enraíza;

tan obvia y poderosa planta se enraíza ahí, en la conciencia del vivir gracias a Dios, y esa conciencia tiene como maceta donde echar raíces ni más ni menos que a mi distraída mente de Francis Elizalde, así que Dios me ayude a no negarle el tiesto —

aquí radica la sinceridad; sinceridad es armonía con uno mismo; sinceridad es cuidado natural de uno mismo; sinceridad es no hacer distinciones entre vivir para vivir y vivir para morir; sinceridad es lo que permite no temer a la muerte ni temer a la vida, que no es lo mismo que no tener miedo a la muerte ni que no tener miedo a la vida, ¿no?

(Tengo miedo,

¿a qué habré de temer?. Eso es lo que quería decir antes cuando reportaba que el advertir mi miedo me liberaba de algo, me ensanchaba. Si no tengo miedo, no soy ni siquiera humano, ¿qué no habré de temer?. Pero así, preocupado, palpitante...)

«La derrota y destrucción de las pasiones, que es un bien, no es el final; el descubrimiento de la Sabiduría es el bien supremo. Cuando se halle éste, todo el pueblo cantará». (Lo encontré)

Visto desde ahora, puedo apreciar el susto que llevaba encima: sobre todo en las vueltas que le daba al tema del cambio. Ese temblor es, me parece, universal, común en cada experiencia de enfermedad grave con tiempo para un postoperatorio. A mi me dio por el cambio. Tenía que cambiar para sentirme digno. La colección de ires y venires respecto del asunto del cambio es, me parece, antológica.

Por lo demás, también se ve reflejado el inicio de la vuelta a la normalidad.

VI

Nuevo capítulo.

¡La de vueltas que he dado en torno a si pasaba o no de capítulo!

Porque el título viene dado por una sensación reciente como de haber pasado una página y haber ingresado en otro orden del que imperaba en estos últimos tiempos. Sí, porque he dormido con la mandíbula más tensa, me he sorprendido obsesionado por comprar un equipo de música innecesario, y de ahí he saltado a suponer que ya he caído en las viejas cosas.

Y bien, sí que he vivido con mayor tensión esta semana, coincidiendo con el haber vuelto a ver pacientes, coincidiendo también con los últimos párrafos de este escrito, con aquellos en los que exponía su carácter testamentario y la continuidad de esta característica de aquí hasta siempre, lo cual me suena a no menos causa de tensión que la vuelta al currelo, chivo expiatorio excesivamente propicio... Porque tengo casi comprobado que cada vez que, habiendo llegado a algo trascendental como pueda serlo una decisión, una iluminación..., he dado yo cierto bombo a tal suceso bien hablándolo, bien escribiéndolo con la intención de que alguien le eche el ojo, sucede que se deshincha la cosa y termina quedando en nada.

Sea como sea, en el título de “nuevo capítulo” tal y como me vino por primera vez (ayer, todo lo más) había algo de derrotismo y algo de no sé qué, pero en todo caso me situaba fuera de la onda de todo lo anterior, fuera de esa conciencia por la que pedía a Dios hace tan poco.

Pero, quien pide será escuchado según se comprueba, y antes de llegar a sentarme a escribir me ha sonado la campanilla de alarma y me ha preguntado si eso del capítulo nuevo era una simple pausa literaria o si tenía más carga, y al ver que dudaba en mi respuesta, me ha replicado:

¿Cómo va a ser un capítulo nuevo, cómo va a ser un pasar una página si sólo hay una página donde escribir? ¿Cómo va a ser otra cosa, y porqué habría de serlo? No, no te aflijas pensando que esta tensión te va a suponer una ruptura con un estar menos tenso, ni dejes que tu pensamiento se confunda por una tensión corporal, ni permitas que el tonillo emocional de esta tensión debilite esa recién enraizada conciencia. Despierta de nuevo y vale, y al escribir retoma tu libertad y tu sinceridad, la anchura que quieres para tu escritura.

Y esto, que pareciera un forzado retorno a la dimensión trágica después de un recreo abortado, de un paseo hacia el “aquí no ha pasado nada”, muy al contrario me alivia y me contenta, y aún añadido que me conforta, me anima y me consuela.

De donde se sigue que coinciden ahora en mí la dirección hacia la conciencia con la dirección hacia el placer; lo que más me conviene con lo que más gusto me da; lo que más apetezco con lo más indicado y, por supuesto, lo más sufriente con lo más insano.

*Me doy cuenta de... que tengo tendencia a escamotear parcelas de la realidad. Es decir, que mis despeñamientos suelen ser a base de restar cosas. Como el miedo, el dolor, la tensión, según ha venido quedando reflejado más atrás; y también esconder la basura debajo de la alfombra de muchas otras maneras. Tan concretas como mi manía de siempre de esconder revistas, libros, a mí mismo leyendo, o mis pensamientos en una conversación.

Me doy cuenta de que es una costumbre muy arraigada; tal vez, el automatismo al que más difícil me resulte enfrentarme.

Me doy cuenta de... que me echo atrás fácilmente ante situaciones concretas en las que es necesario que adopte posturas concretas. Viene al caso de lo de no trabajar por las tardes: me lo he propuesto, he convenido en ello con Ana, lo he pregonado a los cuatro vientos, y ante un error de Mónica, que me ha puesto a varios pacientes la tarde del miércoles, he tenido que recurrir a todas mis fuerzas en el campo de batalla para mantener mi consigna, y media hora después aún andaba mi fantasía templando gaitas y accediendo a lo que fuera con tal de evitar... adoptar una postura firme y concreta.

Pero, bien es cierto que me he mantenido donde debía, y ya se sabe, son muchos años, cómo no contar con las tendencias automáticas...

Todo lo cual está muy bien.

Leyendo a Rumi redescubro el valor de la desmesura como método de aniquilar las tendencias automáticas del yo. ¡Hala, qué avalancha de imágenes, contradictorias y mucho más que eso, incomprensibles, desbocadas! Como una forma de escritura automática en cuyos resultados

cada palabra rompe con la expectativa que pudiera haber creado la anterior. Y a veces, deja ver en esa bellísima y poderosísima convulsión puros espacios de paz.

El prologuista y traductor aprovecha la ocasión para emborracharse del mismo vino: «He de decir que el amor del que habla Rumi es el único amor que conozco».

Y yo aprovecho también y bebo de la misma copa: he de decir que el amor del que habla Rumi es el único que conozco.

De su tirón me engancho, en su cara me miro. Rumi bebía como un turco ortodoxo, yo como un navarro transplantado, y allí donde Rumi veía a su amado Shams al Tabrizi, yo veo a Unai, a Ana.

Toda mi vida he ido buscando respuesta, dirigiéndome allí donde creía que estaba lo más radical y avanzado. Fuera eso lo que fuera. Los Ovnis con Angel Mari, o el olor a misterio de algunas alusiones de Javier Landa; y con Angel Mari, mucho más que los Ovnis: El Retorno de los Brujos, que me dio pistas para seguir durante media vida, entre ellas un escrito que afirmaba que el verdadero mal era mucho más difícil de encontrarse que la santidad o el bien, lo cual era afirmado por un tal Gurdjieff.

La música, “underground”, quisiera aquello decir lo que quisiera: Hendrix, King Crimson, Steppenwolf, y de ahí a “El lobo Estepario”, “Demián”, los cronopios y las famas de Cortázar o Lovecraft. Y, porque oí que era bien blasfema, la “Reivindicación del Conde Don Julián”.

En lo tocante a literatura. En lo demás, yo quería ser paleoantropólogo, buscando tras la pista de los fósiles y las cadenas del tiempo, que eran sendas llenas de preguntas sin respuesta.

Yo he sido un buscador, sin saber nunca de qué. Con un sabor metálico en la boca como única pista, y con muchísimas negativas como herramientas. El sabor no era muy fiable. Pero proponía seguir la dirección más acerada. “Allí donde las espadas se vuelvan cuchillas”. Pero no voy a seguir exagerando. También contaba con extensas ganas de aire libre y de descubrimiento, así que he viajado y seguiré viajando.

Me he dejado llevar por la curiosidad tanto como me ha sido posible. Y me he atrevido siempre que yo he sido la única amenaza en adelante (porque soy muy miedoso, y algo paranoico, y tengo mucho miedo a que me asalten, razón por la cual nunca se me ha visto en un barrio peligroso...).

Me fui de Estella — fácil, no había Universidad... —

Me separé de mi cuadrilla... Tonterías, estoy a punto de hacerme un panegírico y encima de poquísima calidad.

Creí en la bioenergética porque me prometía ROMPERME la nosequé y la nose cuántos. Y creí en el cuarto camino porque aquello no daba un respiro, porque no veía que hubiera nada más exigente, más despiadado, más afilado.

Si hubiera tenido una duda, lo hubiera dejado todo, deshecho, como pasó con Santiago; todo atrás, el agujero abierto de nuevo y a buscar hasta que se calmaran las hambres; así que no tuve ninguna duda. Ni siquiera entendía del todo todo aquello; hoy veo que no entendía nada de nada; pero la búsqueda tenía que pasar indefectiblemente por aquel angosto escenario.

Lo cierto es que nunca he terminado de entender nada, y que la fisura que eso provocaba en mí, una fisura entre lo que presumía que debían de ser las cosas y mis sensaciones verídicas acerca de ellas, esa fisura ha sido el cauce por el que ha avanzado mi río.

Y he descubierto, y cada descubrimiento ha sido (¿quién lo iba a suponer?) ¡sorprendente!.

Es cierto. No he descubierto lo que creía que tendría que descubrir, que hubiera venido a ser algo ordenado, una explicación que fuera seria, madura. Sino un desorden, otro sabor diferente a aquel metálico. Veo ante mí el dibujo de la portada del libro de Rumi y me digo: lo que he descubierto podría ser descrito como el vuelo de esas faldas de esos derviches; como si esa danza dijera: ¡así!. O mejor, como que yo digo ahora: ¡como esa danza!, así como ayer buscaba espadas, visiones, lobos esteparios...

Hubo un tiempo en que anduve empujando y soplando y apenas podía encajar los hombros por el pasadizo. Hoy corro, y con mis propias manos robo la ajena imagen: corro más rápido que el viento. Corro sonriendo y me sucede soltar una carcajada de pura prisa.

También estaban Saint-Exupery, el Libro de la Selva, la Isla del Tesoro y la Isla Misteriosa. Y ahora, más de mayor, Lezama Lima y este Corpus Barga que se me hace estremecedoramente cercano a través de su manera de escribir:

¿Tiene una lógica formal la risa?

No.

¿Es consciente o inconsciente?

Puede ser una y otra cosa.

¿Y la poesía?

Es consciente e inconsciente. Tiene lógica informal y formal.

.

¿Y la desolación?

No tiene lógica y puede ser consciente o inconsciente, como la risa.

¿Y la libertad?

Es consciente y tiene lógica.

¿Y el contento?

No tiene lógica y puede ser consciente o inconsciente.

¿Y el desconcierto, la tristeza y la nostalgia?

Lo mismo que el contento, la desolación, la risa.

¿Y el amor?

Es consciente y tiene lógica, como la libertad.

¿Y la amistad?

Es consciente y no tiene lógica.

¿Y la inseguridad y la solidez?

No tienen lógica y pueden ser conscientes o inconscientes.

¿Y la diversión?

Es inconsciente y tiene lógica.

¿Le satisfacen a usted estas clasificaciones?

En lo posible.

Es un párrafo que me llamó la atención porque en él percibí un sabor a verdad más allá del pensar acerca de su valor intrínseco. Entra por eso en asociación con una afirmación de Cortázar que viene al pelo en este subcapítulo en el que reviso señas de mi identidad: aquella que afirma que «el que no se contradice por lo menos tres veces al día es un imbécil». Si la adopté como lema, que sí la adopté, fue para estar de acuerdo con el desafío que impone; mejor dicho, porque me parecía obvio que no era cuestión de ponerse a pensar en términos de tiene razón o no la tiene, sino que era algo a lo que me adhería sin más, aunque no me contradijera ni media vez por día; eran y son cantidades heterogéneas. Es decir, entusiasmo, posesión, reconocimiento de algo de la propia estirpe. O ceguera.

Como en la poesía de Apollinaire, de Villon y de Quevedo, como con el Principito... ¡por dios, porqué no me vienen más ejemplos a los dedos!. Porque mi mente está hilachada en otras hebras y me entorpecen — ahora — los periodos largos y los recuerdos de cosas que quería dejar escritas, como esta metáfora que me ha resultado satisfactoria y que describe...

cómo, empujado por la insatisfacción, me pregunto a mí mismo acerca de algo y me contesto como buenamente puedo, pero, claro, la insatisfacción permanece y su frustrada ira se vuelve contra la pobre explicación y le exige más verdad, más contundencia. Y me contesto bien con más ciencia, bien con más impotencia, me siento a la vez acosado y dispuesto a defender mis conocimientos; y así va aumentando la pugna. Normalmente no aumenta tanto: son pocas las preguntas que me formulo verdaderamente, es decir, con una necesidad final de obtener una respuesta. -Lo más normal es que esa cuestión se me sustituya por otra y recomience el baile desde similar altura, sin llegar para nada a bajar hasta el fondo del pozo. Pero si la cosa se llegara a poner en serio, bien por necesidad real de conocimiento, bien por una angustia suficientemente imperiosa, el ritmo de las preguntas/respuestas aumentaría, y también su virulencia; y ambas partes contendientes recurrirían a todo su repertorio de llaves y fintas en

su luchar, y, empujadas por la emoción, podría ser que llegaran finalmente hasta un límite, un callejón sin salida, diminuto, angosto, donde llevados por la inercia de la velocidad de su persecución, ambos se encontrarían empotrados el uno en el otro por la fuerza del impacto.

Y entonces, ahí. tal vez ocurre algo sin palabras que en palabras lo digo así: que el perseguidor, de pronto, vería adónde le ha llevado su carrera, cuán lejos, a qué desconocido espacio; y que el perseguido cayera en la cuenta de que la persecución de que era objeto no pretendía acabar con él, sino que era pura necesidad de él que el perseguidor entrara al pánico y el perseguido escuchara por primera vez la pregunta, que el perseguidor anulara su pregunta, o se encontrara cara a cara con ella, y el perseguido perdiera su culpa, reencontrara su capacidad de responder; que el perseguidor encontrara una respuesta y el perseguido encontrara una pregunta; que dejara de haber perseguidor y perseguido para volver a casa un hombre que tiene algunas preguntas y algunas respuestas.

Tal vez sí que esto es el nuevo capítulo. Lo digo porque vengo hablando de la desmesura y de mis recorridos originales y viene ello coincidiendo con algún apresuramiento en mi manera de estar; y con la inminencia de las próximas sesiones de quimio, la visita al pabellón San Vicente...

Sí, hacen juntos este trecho del camino el recurso, casi inédito en mí, de citar autores en párrafos originales completos y algo de borrosidad en mi percepción inmediata de mí mismo. Ayer sentí pena por esta jodida incertidumbre de la salud, no por mí, sino por Ana y Unai... (y ahí me recordé).

Ah, pero me encuentro contento, sobre todo cuando una de las sesiones revive a eso de la mitad de su duración ¡y me escucho afilado y acertado!.

Ah, pero

Ah...

* "oral estoy: la atención, del culo, me ha ascendido a las fauces y a lo alto de la cocorota. Desde lejos veo a los enanitos asomando en la silueta de las cumbres; desde cerca veo un rebaje, un no-tiene-tanta-importancia..., cansado estoy aunque parezca raro: o mejor que cansado, rebotado.

* La buena costumbre de no trabajar. Los brazos tensos, las fauces abiertas, tragar sin degustar...

* Impermanencia, inminencia, miedo, egoísmo, la coloración de mi bicho, qué repetido es todo esto; en un plis plas cambia la cosa, ni tan alto como Rumi, ni tan bajo, ni tan fuerte.

* Como un higo tras otro. Y me detengo a comer el higo, me persigo.

¿"Por qué no te pones más espontáneo?"

-Por esto y por aquello, ¡y deja ya de acosarme!.

.¿"Cómo que "ya", si apenas acabo de empezar?"

Cambio la imaginación erótica por la pornografía; el permiso por la prohibición; la fe por la represión desconfiada, y creo que lo hago para mejor regulación homeostática, ritmo que sube y baja. Logros, y fracasos, preguntas y respuestas y gritos perdidos que nadie responde ni podría, ni debería responder; déjalos, ¡no los dejes!.

Unos cambios son buenos y otros malos, me digo desconfiado, inoperante. Y ¿cómo sabes distinguirlos? Qué cerca el perseguidor y el perseguido, dijo el árbitro de la pelea.

... Algunas de las cosas que me pasan quedan bajo una etiqueta que indica “vergonzosas”. No me avergüenzo de mi desnudez, ni de mi cicatriz, ni de mis gafas, por más que diga. Pero sí de ciertas cosas, que son malas y hacen a las otras buenas, o al revés, cosas buenas, ¡qué bombazo, avergonzarme de las cosas buenas!;

«cuando los primeros santos introdujeron el aprecio por la virtud, fomentaron al mismo tiempo el odio a todo lo demás y terminaron así con la armonía en el mundo...»

«Nadie que separe los dones de Dios en buenos y malos confía verdaderamente en Dios, nadie así quiere a Dios...»

¿No es eso lo que yo digo en mis sermones?

(Transcrito de notas garrapateadas en la consulta, durante una sesión de grupo. Corresponde a algo que ahora me complazco en denominar Breve Ciclón Emocional Intenso, que se ha originado, ha alcanzado un zenit

que ha coincidido con la visita al oncólogo y va cediendo.

Algunas características de este meteoro mental: Cuando echaba un vistazo a la mente, la encontraba inquieta. Y me he preocupado y disgustado por ello, porque una vez más he tomado estos síntomas por señales de un deterioro irreversible — de un deterioro del nivel de conciencia, quiero decir —.

Sueños complejos, largos, prolijos, detalladísimos. Velocidad, canturreo, emociones forzadas; en fin, estrés, malhumor. Obsesiones. Actividad más rápida que el deseo de hacerla. Inquietud,

en una palabra. Todo ello dicho sea con todo cariño, alrededor de la visita.) Y después, todo termina, y en las sentadas de meditación hasta he podido ponerme a no-hacer-nada... y sentir con una sensación nueva lo que ese no-hacer puede que quiera decir...

Poesía, por Jalai-ud-din Rumi

Ejercía su plegaria cuando llegó la voz del cielo a decirle:

Te fue dicho que pusieras la flecha en el arco, ¿quién te indicó además que debías disparar con toda tu fuerza?

Obviamente tu presunción te hizo inclinar el arco para arriba y desplegar tu habilidad en este arte.

Sin embargo, sin dejar de colocar la flecha debidamente en el arco debieras extenderlo sin llegar al límite de tu poder;

y ahí donde la flecha cae, ¡cava y busca! No confíes en tu fortaleza y busca piadosamente el tesoro.

Aquello Que Es Real está más cerca de ti que la arteria de tu cuello, y has disparado la flecha de tu pensamiento fuera de campo.

Así es como se mata el filósofo, pensando «¡déjalo seguir, no encontrará el tesoro!»

Casi todos los destinados al Paraíso son simplones que consiguieron evitar ser dañados por la filosofía.

Y mientras los expertos se complacen en el recurso, los más simples permanecen como infantes recostados junto al pecho del Recursor.

*También en este capítulo aparece la enfermedad. Ya lo que queda de ella es el temor y las diferentes inseguridades; queda la capacidad que tiene de encender la imaginación, para bien o para mal. Queda la Tregua Sagrada que hemos asociado con ella, es decir, la reducción de horarios de trabajo, la semana de la quimio, las siestas; ese reglamento. Quedan los sentimientos; queda la enfermedad propiamente dicha. Entre un millón de voces internas que me dicen que el peligro ha pasado.

Ya llevo un par de meses viviendo con la presencia de que tal vez esté herido de muerte. Agradezco este generoso intermedio, que tanta holgura me da a la hora de desplegar mis sentimientos y mis otros componentes frente al fenómeno de la muerte. Creo que ahora mismo estoy a distancia, a una distancia "de seguridad", alerta, pero no en la batalla. Tal vez el día que me toque encararme con la greñuda pida un minuto más, una respiración más; tal vez esto no sirva como una verdadera preparación; pero en lo tocante a tan escatológico tema, no hubiera podido pedir más tiempo, más generosidad que la que estoy recibiendo.

Ahora sólo falta que esta pausa en tierra de nadie se prolongue por un número enorme, inesperado, jocoso de años. Si dispongo de ese lapsus y no pierdo esta conciencia de mi propia mortalidad, acabo dando en sabio.

La imaginación me resulta ahora un utensilio totalmente insuficiente a la hora de encarar mi futuro. Apenas resulta ser capaz de esbozar algunas escenas plagiadas de la literatura, algo de cómo morir y de cómo vivir. Por primera vez no necesito luchar contra mis evasiones al campo de lo fantaseado; me aburren, me cansa su vacuidad y empiezan a morir por falta de atenciones, por abandono.

Sigo, no obstante, frecuentando esos ambientes, claro, claro, suelo sorprenderme inmerso en ello, vestido con su traje típico: ojos desenfocados, boca cerrada, postura congelada,

respiración superficial, vías cortadas con el mundo exterior, atemporalidad: me sitúo fuera del tiempo y de las circunstancias, de manera que lo mismo es ignorada la enfermedad que el frío, la situación de los objetos, cualquier cosa; igual ahora que cuando tenía veinte o treinta o treintaynueve años o setentaycinco. En fin, lo que siempre estuvo ahí, en el mismo nido; eso es lo que ahora llamo utensilio y se me hace tan inadecuado para ayudarme en mi futuro — ni en nada de nada —.

“Cuanto más opera un hombre, tanto más es y existe, y cuanto más es y existe, tanto menos que Dios hay y existe en él”. (Dice un tal Benet de Canfield en la Filosofía Perenne, y lo tenía leído antes y ahora veo que traduce eso que intento decir llamando hacer a esa imaginación que “opera” sólo en mi mundo de hombre y no en el mundo real).

Dios, a través del hombre, hacer y no-hacer... donde no-hacer es hacer y hacer es no hacer, (o hacer, por no enfatizar demasiado)

Escribir la verdad de mí es la condición que puede hacer interesante este escrito. Deseo recordármelo, cuantas veces haga falta.

*No sé si es que noto — o es que temo — una tendencia a encontrar equivalencias entre mi experiencia y otras experiencias contadas por otros autores, indicadas por unas u otras tradiciones. No sé si lo noto o si lo temo, pero en cualquier caso, lo tengo en cuenta, lo pienso, me ocupa el tiempo, es decir, es la verdad.

Como cuando, al formarse el grupo de Bio con Antonio me autocaí del guindo y poniendo los ojos en blanco me dije: “Así que ¡Esto Es Un Grupo de Trabajo!” (queriendo así recalcar el itinerario que creía yo que había de suceder a todo seguidor de Gurdjieff). Y aunque ahora disponga de cierto distanciamiento con respecto a esta tendencia, a lo mejor no dispongo del suficiente: siempre me ha gustado, como a Woody Allen, poder repetir en propia carne el papelón de Humphrey Bogart al final de Casablanca.

Mi sinceridad corre peligro a causa de dos obstáculos: el uno, esa tendencia a desplazarme hacia esquemas preconcebidos; el otro, la vergüenza y el empobrecimiento que trae consigo. Diluir las propias sensaciones, sustituir la propia voz por romances ya conocidos. Es posible. Hay un canto de sirena que promete reconocimiento y fama para quien repita el itinerario del famoso Milarepa, para quien alcance el deseo místico de San Juan de la Cruz — o de Rumi... —. Al fin y al cabo, tienen éxito y han sido revalidadas por las autoridades literarias de todo el mundo; mientras que la pro(que MI pro)pia percepción... quizás no llegue por sí sola a escalar todo el monte Carmelo, o simplemente tal vez no guste, incluso ofenda, en cuyo caso no será leída, no será compartida.

Es decir, que los dos obstáculos son al final iguales. El uno pretende una perfección postiza, y el otro disimular con postizos lo tenido por imperfecto. Y los dos cierran la vía a lo único que es verdadera creación. A la única posibilidad que tengo de alcanzar las cotas de los más grandes, sin posibilidad de salir perdiendo en la comparación; a decir la verdad de lo que me pasa. De lo que hago, de lo que me traspasa.

Ahora es cosa de descubrir, de desnudar.

Para ello, a veces utilizo las verdades que otros han conseguido arrancar de sí mismos y me las aplico. Por ejemplo, Rumi. O Corpus Barga, o Montaigne, a quien empecé a leer en el hospital; o Gil de Biedma, que me ha permitido citar con la profusión que me apetezca. Y otras veces, muchas, me utilizo a mí mismo. Y a veces doy zumo de albaricoque y otras de alfalfa.

Primer día de la segunda semana de quimio. Me siento bien. Si... Si me asusto en algunos momentos; si tengo puestas antenas parabólicas a mis menores temblores sísmicos; si duermo bien; si me rodeo de aparatos y de cuidados como un tuberculoso; si se me vienen ganas de

saltarme todas las prescripciones dietéticas justo ahora; si mis deseos se acallan; si quiero empezar a leer El Quijote, pero no me llega el que he encargado; si me da horror la idea de esforzarme; si estoy vital; si percibo que lo que me apasiona ahora, lo que más me mueve es esto de escribir. (¿Sustituyo todos esos “si” por otros tantos “sí” afirmativos o lo dejo como está?)

Si sueño con sidíticos, si voy a trabajar, si escribo a un cura que cura, a la Asociación Cobra para pedir un contraveneno para la quimio. Si me preocupa el asunto de losune, si llamo a Pamplona y Antonio no quiere ni hablar. Si me siento alejado de la consulta. Si a ratos no sé qué quiero hacer.

Si me vienen espontáneamente recuerdos nuevos, si de cuando en cuando tengo la cabeza vacía. Si continúo la quimio sin sufrir ningún tropiezo. Si... si así es como lleno este rato, mientras que he venido a imprimir, pero se me hace largo y lento.

Vacío, me voy.

VII

Estoy saliendo de la resaca de la quimio: porque sí que tiene resaca, y así he estado alejado de este escrito por diez o doce días.

He tenido pocos atisbos transcribibles. Llegó la noticia de que la Chuchús estaba afectada por tumor. Llamó Susi desde California. Tuvimos reunión de Consulta con temas de dineros y antipatías.

Durante la semana de la quimio, no vomité ni una vez, me sentí más relajado que la otra vez.

Sin embargo, esta semana posterior (hoy es sábado, día del padre) la he llevado enconándome algo más con las inevitables molestias.

Justo dejé de escribir cuando recibía la noción de que Yang sin Yin, Yin sin Yang, desequilibrio, inarmonía, revolución e inversión de la dirección del flujo inevitables e inmediatas. Falta de sabiduría, falta de sabiduría, falta de sabiduría es intentar — o pretender, o desear — que una

de las dos reine absoluto sobre uno mismo. Falta de sabiduría del corazón es preferir lo uno a lo otro: el vencer al ceder, el simpatizar al rechazar, y así con lo demás. Falta de sabiduría corporal es el primar gestos, actividades sobre otros: llevan a desequilibrios tipo Silvester Stallone o Woody Allen, y sobre todo, que la salud requiere que se viaje de uno a otro; que la salud es el movimiento.

«Ante ti, el alma decae y crece continuamente», dice Rumi. Como el vuelo de los faldones de sus bailarines en la Sama.

No hay nada difícil: todo puede convertirse en difícil con la sola condición de pensar en ello como “difícil”.

No hay nada hecho, no hay nada avanzado ni nada “superado”. Nada me será evitado.

Lo digo con alegría, lo digo con pena, lo digo con miedo.

Todo esto no ha servido para nada, sino para haber existido, por sí mismo, como un trueno, como cualquier otra cosa.

Otra vez, más adelante, me veré plantado ante una posible despedida, y no será la segunda vez, será la primera, como esta vez.

Y otra vez voy a tener a Unai delante, y a poder elegir entre hacerle caso o pasar de él. Y eso sucederá sin tener en cuenta que yo haya estado enfermo o si la mar o si sus peces.

Y otra vez voy a sentir el torbellino del alma decayendo y creciendo de continuo, como los faldones de los bailarines; y a afligirme porque ahora se cierran, ¡ahora precisamente que estaban tan abiertos!, olvidándome de que yang sin yin...

E incluso a tirarme a la bobada, a dar la partida por perdida — ¡o a darla por ganada! —.

Pero, me está resultando tan agradablemente fácil perder la cabeza... Hoy en la siesta, me dejaba no sé cómo y era como caer flotando tiempo y tiempo, rotando (eso es); comprendía ciertos estados alterados, de dónde vienen, cómo están ahí suaves suaves, ajenos a la percepción habitual, pero... Es el viaje desde este mundo al mundo de los sueños, y se practica rotando.

(Pierdo la cabeza a la hora de retener mis más grandes ideas, de lo cual me quejo; pero no me quejo ni tampoco agradezco el simétrico e igualmente fácil olvido de mis más habituales tonterías).

La pierdo y la recupero, tengo la sensación de que lo importante está sucediendo en otro plano; y a ello es a lo que seguramente estoy prestando más atención...

*Ahora quiero decir , ¡Pero qué vida es esta!. Ayer por la mañana, un par de horas de médico en Castro; por la tarde, tres cuartos de hora de charla oncológica con María, y por la noche, a urgencias del hospital con Unai. Tiempo variable con predominio médico, que se dice.

Si ahora junto la tensión con el triquitraque medicante, construyo un encadenamiento lógico: estoy tenso porque tanto temer de enfermedades... etc. No es un razonamiento cierto. El caso es que ayer fue un buen día, con paseito y comida en el puerto, con buen tiempo... El caso es que hormigean por mis meninges pequeños síntomas de despiste:

Tensión; afán de hacer colecciones; pensamientos acerca de la gama de electrodomésticos; irritabilidad; me bebí un zurito de un trago; no encuentro tiempo para escribir; obsesión de coger saquitos de piedras para la consulta; pereza; hambre incesante. Es decir: deseos, que

aparecen como compensación de no se sabe qué (ni siquiera de algo referido a la salud...), y velocidad innecesaria. Cabalgar en un caballo por los pasillos del avión que me lleva a cien mil por hora, cabalgar para llegar antes.

Tengo, pues, ganas de dejar atrás algo. A pararse tocan. Sí, porque en la respiración noto claramente el tensionamiento, y en el andar encogido noto que hay vergüenza en la tensión. Vergüenza de estar como estoy, olvido de mí. Para tener vergüenza de mí ahora necesito abstraerme de mi realidad, compararme desfavorablemente con otros o con algún modelo, despistándome de quién soy y de cómo estoy, perdiéndome el respeto, entrando en la mecanicidad, en la tensión, en el galope.

¡Patrulla de rescate, recuperen al individuo!. No es bobo y volverá al sendero, dice que le va mucho en ello, dice que su vida nunca volverá a ser la misma, y lo mantiene a pesar de estos vaivenes.

Dice que está dejando que suene una música que se ha comprado hoy a ciegas, por pura necesidad de dar rienda suelta al deseo de tener algo nuevo, un compact, la pletina, un disco, lo que sea; intentos de calmar algo a lo que hago caso; que posiblemente existe únicamente gracias a que le hago caso; y que, desde luego, no queda calmado; al contrario deja una nueva semilla de inquietud. O dos...

Como cuando era un chaval y decía que sentía que necesitaba un disco de Aphrodite's Childs y que si no, que reventaba, que me moría, que no podía escribir. ¿Poseer todos los compacts del mundo, los ya publicados y un abono eterno a todos los aún por salir, eso calmaría mi deseo? A estas alturas, sé con seguridad que no. Ser el amo del mundo, tocarlo todo, sobarlo todo, a todas las chicas y todos los tocadiscos; ni por esas, aventuro que en ese caso iba a sentir en toda su angustia la falta de tiempo para disfrutar de todas esas posesiones y de cada una de ellas, el deseo de inmortalidad, el miedo a la muerte.

*Muchas veces siento deseo de comer, tomo agua y me sacia. ¿Qué hambre es esa?. (O siento deseos de comprarme una televisión, bebo agua y me sacia.) O sea, que voy aprendiendo que antes de comprar un equipo de música es bueno contar hasta diez. Y beber un vaso de agua.

*Se respira como se vive, se vive como se respira. Así es la relación que está en la base de tanta importancia como se da a la respiración en las prácticas de entrenamiento del Sí Mismo.

Quiero decir que una respiración forzada se da en una persona forzada, una respiración entrecortada en alguien agitado, y que sólo se encuentra una mente libre asociada a una respiración libre; compruébese por uno mismo y se tendrá esta misma revelación que yo he tenido. Lo cual encaja con el énfasis de comenzar entrenando la respiración, amaestrándola, para posteriormente, a medida que se logra que se vayan aquietando hálito y mente, soltar las amarras, olvidarse de ella, dejarla libre; tras la disciplina, la madurez.

Si uno quiere saber cómo es, cómo se encuentra, que observe su respiración. Porque ya apunté en otra ocasión que la respiración es la conexión entre los dos mundos.

.-¿Entre qué dos mundos?

.-Entre el mundo intemporal y el mundo temporal.

.-Pero, ¿no habíamos quedado en que no existían dos mundos, que sólo existía uno?

.-Pero, ¿no habíamos quedado en que íbamos a entendernos, que ese "uno" se sobreentenderá siempre que, por rutina, por inercia, por costumbre, se diga "dos"?

.-Pero, ¿no habíamos quedado en luchar continuamente con la rutina, la costumbre, el velo que cubre a Isis?

.-Pero, ¿cómo ha de decirse entonces? ¿"La respiración es la conexión entre este mundo... y este mundo"?

.-¿Qué tal queda así? (no está mal, no está mal)

Pero queda demasiado intrigante, parece que estoy creando una expectativa de misterio, y además, una de esas expectativas hinchadas, horriblemente falsas, pomposas, cabreantes, "este mundo... y este mundo".

Pero no más arrogante ni más pretencioso ni más decepcionante ni más falso que "entre el mundo intemporal y el mundo temporal", punto final del inciso.

*He dejado pasar un mes prácticamente sin escribir; ya es 7 de Abril. Hemos dejado a Unai cuatro días en Pamplona, y hemos aprovechado para ir al cine por la tarde. De cuando en cuando me enciendo en una idea. Luego, ahí se ha quedado, y yo, sin ideas, dejo que vaya un día más.

Ayer, en algún momento, me evadí de "La edad de la inocencia" y construí una propuesta para ser escrita, Me gustaría poder recuperarla, porque durante el momento que duró me prometió darme un filón, ayudarme a construir algo hilvanado. Me viene ahora:

que la vida está en nosotros mucho antes de la creación del pensamiento. Y en muchos casos se prolonga más allá del agotamiento de éste.

¿Pretendía con ese comienzo afirmar que el pensamiento no es la finalidad de la vida humana?

Porque tampoco hay flores en la planta que nace, y también hay vida más allá de la extinción de las flores, y sin embargo, me atrevería a afirmar — no porque fuera verdad, sino porque es

congruente con mi visión errónea — que las flores tal vez fueran la finalidad de la vida en las plantas.

Pero el caso es que el pensamiento es algo que se adquiere. Tengo un como recuerdo de primeros atisbos de pensamiento: me parecía algo mágico y me preguntaba concretamente si los demás también hacían eso, hablar sin mover los labios. Poder estar quieto, con una apariencia dada y al mismo tiempo decir con aquella voz nueva lo que me diese la gana.

En cierto modo era una voz más poderosa, porque no traía consecuencias, no me podían detectar, ni llevar la contraria. Qué cosas, ¿verdad? “era más poderosa porque no traía consecuencias”.

Órdenes que no van a ser cumplidas, súplicas para no ser oídas, quejas que no alcanzan su objetivo..., eso puede que fuera para mí el poder en un momento de mi vida, como aquel poder que tenía de ver las cosas con un halo luminoso en torno a mi silueta y que al final resultó ser la pura miopía. Pues sí, recuerdo la novedad de advertir pensamientos en el interior de mí. Y si trazo una línea entre ahora y entonces, me veo utilizando ese don como la herramienta con la que más a menudo he intentado ajustar-me a lo demás.

Veía la película y me di cuenta de que ese mismo estímulo, en momentos diferentes de mi vida, me habría dado pie a identificaciones selectivas muy diferentes. Y lo que es más: en el futuro, hasta donde yo sé, ese cambio continuará.

Y veía que me entraban ganas de escribir para explicar, para explicar mediante ese continuo deambuleo del pensamiento que la visión del hombre es determinada, parcial, que es bueno no dejar que aparente cara de verdad real.

Y al mismo tiempo, veía que mi experiencia de construcción de un mundo en torno a las capacidades del pensamiento,

impregnabilidad, pegajosidad, capacidad de tomar por cierto todo lo que uno piensa, erratabilidad, generalización, particularización, esos efectos secundarios tan reales; la memoria, la creatividad, la comparación, la asociación, reales como los antedichos... sería parcial, adecuada todo lo más para explicar lo mío y lo de los de mi cuerda, lo que no está nada mal, a no ser porque estoy deseando escribir la obra magna de los siglos, la metódica indagación en la realidad real al alcance de todos los pensamientos,

para así lograr la paz mundial, la erradicación de la ignorancia, el fin de los estúpidos y el i que todos se den cuenta de una jodida vez de que mi punto de vista es el que merece la pena!

Y... como sería parcial..., viene el barrendero y se lo lleva... y pasan los días aquí, donde en otros momentos pasan las horas... y viene un santo barrendero y se los lleva...

VIII

Me ha contestado el cura-brujo a la carta que le escribí. Me dice que el cáncer de colon no me lo cura nadie a no ser que resuelva un conflicto que tengo a cuenta de una mala pasada que me he tragado. ¡Olé los curas guapos!. Que tengo que hablar ese conflicto, que no tengo que guardármelo, que necesito acudir a un sanador espiritual.

Una chica del grupo de meditación me ha pedido que sea su guía espiritual, su padre espiritual. ¡Olé las locas-de-dios!.

He tenido una post-quimio breve, no-diarréica pero molesta. Estoy propenso a irritarme.

Hemos comprado ¡un microondas! y un transistor pequeñito para la cocina, con lo cual, me subo a la consulta el radiocasete y ya tengo música en el despacho. Poca necesidad de comprar otro compact-disc, la pletina jodida habrá de ser reparada o sustituida.

Estoy estando enérgico, no estoy estando en silencio interior. Estoy soñando epopeyas, escenarios recargadísimos, abigarradísimos, he tenido dolores, y me autosuministré paracetamol con lo que se me mitigaron. He respondido que no cojo discípulos espirituales por este año. He esbozado en pensares un escribir blasfemo, más allá de lo que estoy haciendo, lleno de cagarme en sos, de excederme en mis afirmaciones. Temo, cómo no, una vez más, de

nuevo, como siempre, haber perdido el punto, haber recaído en mi antiguo/anterior nivel de conciencia.

He recaído en mis viejos niveles de conciencia: no he aprendido nada, nada de todo esto (¡aquello!) ha servido para nada; lo único que he hecho es dar la espalda al miedo — no, al miedo no, a la desesperación, al terror — y poner una sonrisa para el público. No soporto vivir como estoy viviendo, odio mi cuerpo enfermo, me miro la barriga y veo un viejo irrecuperable, con una cicatriz decrépita que divide en dos los lacios pellejos que cuelgan de un pecho sin fuelle, mis genitales enormes, como aquellos que de crío veía en los cazadores cuando meaban, flácidas bolsas pesadas, estériles; en lo único que he avanzado es en perder deseos, y eso no se tome por templanza, sino por decrepitud...

Estoy lleno de buen humor, y salto con resorte en las sesiones de terapia; es cierto que sermoneo, pero lo hago con fuerza, dirigiéndome a quien me estoy dirigiendo. No me arrepiento de nada de lo que hago. Soy siendo estúpidamente feliz. Estoy contento con ser como ahora estoy siendo; estoy muy contento, pero aquí me atengo a la verdad y no digo que lo esté completamente. Recuerdo una obra literaria de alguien, que le ocupaba como doscientos metros seguidos sin punto y aparte y me sugiero esa treta literaria.

Pero viene un santo barrendero y le doy permiso para que se la lleve.

*Ayer leí sobre un monje que cayó en la cuenta de que “ningún dibujo de comida satisface a un estómago hambriento”, y quemó sus libros.

La palabra: hoy voy a tratarla como a un enemigo, a la palabra. La palabra que se agolpa haciendo ruido, a veces un rumor y otras, ya se sabe; un estruendo cacofónico o un canto de sirenas o un discurso fúnebre... Para alcanzar el silencio, he de superar ese obstáculo de palabras. Que suele crecer según me voy acercando. Como esas madres que a la hora de despedir a sus hijos empiezan a darles consejos de última hora para que les vaya bien, y dan tantos y son tantos los que aún les quedan por dar que la salida quedaría pospuesta siempre; hasta que el hijo se desase y da un paso hacia el interior del autobús.

Y en mi caso soy yo quien interpreto los dos papeles, y además no hay un horario aparente de salida de buses, y yo soy muy dueño de hacer con mi vida lo que me dé la gana, y además estoy en un tema muy interesante, que es la cosa de comprender qué sé yo, que las palabras, por ejemplo, son, digamos, útiles herramientas de poder, formas en las que se concreta la mente inestable, semillas de conciencia o peligros...

Así que mi objetivo en estos momentos no es alcanzar a escribir esto, sino alcanzar aquello que está al final del viaje que emprendí.

Escribir esto es un vehículo, pero es también una distracción respecto de mis fines. Y un hobby.

Pero si hoy considero la cara en guerra es porque no quiero olvidarme de que existen los obstáculos, los topes, los bloqueos, en la medida en que existen los caminos. Y que lo que esto quiere decir es que meditar/é pese a que haya mucho ruido. Que recordar/é que a lo que hay/tengo que prestar atención no es al ruido sino, ya que así lo quiero, al silencio.

... Ha sido muy agradable despertarme esta noche y sentir que mi respiración estaba como apetecía tenerla: una puerta de vaivén... entre dos mundos. Es bueno, al rato de andar refunfuñón y oscuro, caer en esos estados deseados — y ¡me importa un huevo ahora mismo desear, por muy pecaminosamente egóicos que sean los deseos! —

No existen los demonios vengadores, los dispuestos a propinar al hombre su merecido apenas éste se haya apartado del camino de la perfección, ¡ojalá existieran!

Lo cierto es que mi pensamiento sigue en ocasiones un sendero supersticioso que pasa por temer inmediatas reprimendas del estilo de “me he entretenido leyendo en el water, seguro que no pasa un autobús por lo menos en media hora”. Y ahí que le voy, corriendo Belosticalle abajo y previendo una cadena nefasta: “no bus, cogeré taxi, no habrá taxi, llego tarde, saldré tarde, no me va a dar tiempo a, luego tendré que justificarme, ¡te metes el gato por el culo!”.

Y resulta que no, que no hay un daimón asignado a mi caso que restablezca mediante un ajuste de cuentas el equilibrio jodido por mi ésto o por mis aquellos. Nadie me reprende ni me da un grito ni un cachete sea lo que sea lo que haya hecho. Estoy/estamos solos con nuestra libertad, con nuestra conciencia confusa, con nuestra dignidad. Sin un mal castigo bíblico que echarnos al cuerpo a modo de advertencia. Si obramos de una manera o de otra es porque eso es lo que nos da la santa gana hacer. Pero, ¿por qué me parece hoy que esa libertad total es una gran putada?

Estamos/estoy solos, solo.

*Unai está precioso, está maravilloso.

Ana parece agotada, y yo fluctúo.

Qué largo es, vivido, este periodo.

Cáncer es la palabra menos pronunciada, pero no la menos pensada; en cierta manera se nos agotan las revueltas en torno a ella; incluso ahora, que va todo bien.

¿Cómo saberlo, que todo vaya tan bien? Si así se desea, esta frase viene enseguida a sentarse en nuestra mesa y se queda de comensal. Para mí tengo que es una hija del demonio, que con el disfraz de la seriedad hace construcciones que parecen preguntas, y que son pegajosidades para cerebros asustados, porque parecen abrir una interrogación sin respuesta posible hasta que uno se da cuenta de que sí que hay una contestación: sabemos que todo va bien porque... todo va, efectivamente, bien.

Ya, pero ¿con qué cuentas, de qué medidas objetivas te sirves para afirmarlo?.

Ya vuelve la hija del diablo, ya busca socavar mi capacidad para decir la verdad oponiéndome una operación sin límites; porque, efectivamente, cabe cuestionar cada medida, cada análisis de sangre, cada ausencia de fiebre, aumento de peso, propiocepción o lo que sea, a base de añadir una prueba más a la cadena: ¿y si todo "pareciera" estar bien pero a nivel celular estuviese incubándose otro tumor? ¿y si es un asunto genético que se ha desencadenado y ya no tiene marcha atrás? ¿y si los médicos se equivocan?

Y así, sucesivamente vendrán tentándonos — a Ana y a mí, y a quien quiera apuntarse al tormento —, poniéndose muy serias, las tentaciones, las dudas, las falsas seriedades y falsas seguridades, los aparentes planteamientos que solo esconden viento tras de sí, como esas pruebas que piden a Dios que se demuestre existente montando un círculo cuadrado.

Agujas de Satanás, pinchos del diablo, pero que crecen en una tierra bien humana; en el miedo, en el horror a la separación, en el deseo de que todo esto sea una pesadilla, que nunca tengamos que separarnos, en que nunca moriremos; en que se nos encoge todo al plantarnos ante la idea de la separación. Que no queremos, y en vez de aceptarlo o negarlo, lo dudamos, dudamos — ahora me doy cuenta — de que yo vaya a morir. Más adelante, nos decimos; ya lo sabemos, todos hemos de morir, no somos críos; precisamente nosotros hemos trabajado mucho; precisamente nosotros sí somos conscientes de que esto ha de terminarse, pero no mañana, ni pasado, ni el año que viene, ni cuando Unai tenga dieciocho años, porque seguiremos necesitándonos entonces aún; quién sabe de viejos qué pasará. Pero lo cierto es que yo voy a morir, y no sé cuándo, voy a morir esta noche, mañana, dentro de seis meses, dentro de dos años, dentro de seis años, dentro de nueve años, dentro de treintaycinco años. Ciertamente aquí es donde germinan las supuestas dudas, los qué va a pasar, el temor a ser demasiado optimistas o demasiado pesimistas; en esta negación de lo obvio que pretende ser misericordiosa y sensata y termina por ser torturante y mentirosa.

¿Qué es de mí? Antes de qué va a ser de mí, ¿qué es de mí?

Pues que me nutro de una manera algo desbocada, alejado de aquellos paladeos que dedicaba a las cremas de calabaza de Basurto, y en cierta medida creo que como así para forzar la sensación de salud. Pues estoy impaciente por demostrar que estoy bien, no sólo que lo estaré cuando termine con las sesiones de quimio, sino ahora mismo, como si el apresuramiento fuera necesario para la recuperación real; con todo lo sensato que por otra parte estoy siendo...

. ¿Qué es de mí?

Que tengo el genio pronto, que estoy con un muelle que salta; y salto a la menor sensación de incordio. Que tal vez mi afirmación de que esta es la mejor temporada de mi vida venga complementada con la de que es la época más difícil. Fácil como es, tan de dejarme llevar, tan limpia de angustia, no deja de tener angustia.

Mierda, siento como una derrota si voy por ese lado; siento una mentira, siento que estoy simplemente dando la razón al tópico que espera angustias de las enfermedades. Tengo que equilibrar esa afirmación para poder emitirla: lo digo de verdad, pero no niego lo contrario, lo bueno del momento ni lo fácil ni el agradecimiento ni la fe ni mi derecho a aprender, a inventar mi vida, a descubrir por mí mismo y medir por mí mismo las dimensiones de los fenómenos.

Es difícil porque hay en uno de los fondos de esta experiencia un vértigo rodeado de amenazas: el miedo a la muerte, el miedo a flaquear, el miedo a sufrir, a no poder soportar. Un rincón supersticioso, claro, un rincón con tan poco fundamento como los rincones en los que habitan los deseos (¡ya verás qué bien te lo vas a pasar cuando tengas... cuando consigas...!) (ya verás lo mal que te lo vas a pasar cuando pienses... cuando te sientas...)

Un rincón de esos que llevan incorporado un torbellino aspirador, que uno se asoma y es succionado (¡qué cursi!, mejor “chupado”) hacia el vórtice, más rápido cuanto más hondo. La imagen que tengo es la de un tornado, cónico; cuanto más adentro, circunferencias más estrechas y vueltas más vertiginosas.

Mierda, no quiero (¡“quiero que no” suceda esto ni tan siquiera en las ínfimas cantidades en que sucede!)

También sucede en ínfimas cantidades su opuesto, el entrar en torbellinos optimistas, valga ello de consuelo.

*¿Qué me pasa?

Que voy montado en un torbellino, Dios sea alabado.

¿Qué es de mí?

Que me tiembla el lápiz — figuradamente — al escribir, al pensar, voy a morir. Me tiembla/no me tiembla, lo escribo/no lo escribo, voy a morir, mentira jodida, estoy ileso, estoy indemne, no hay muerte en mí, tendría que venir y demostrárseme. No tengo conciencia de que vaya a morir; sólo tengo creencia, estoy hablando de oídas; lo que yo conozco sin lugar a dudas es la vida. Vivo como si no fuera a morir, pues ¿cómo habría de vivir?

Ya he vivido creyendo en el infierno, o creyendo en los maestros Supremos, en el pecado, en la inmortalidad. He crecido, y no en balde: no he de seguir viviendo de manera que mi presente

se deje sojuzgar por una creencia. Yo sólo creo en mí, sólo yo me consto, y yo soy el origen de mi línea de conducta.

Tengo siempre la pegajosa tentación de vivir piadosamente, de adornar mi vida de mantequilla y piedrecitas, como una capillita de pitiminí. Tengo el riesgo de exigirme vivir pensando en que voy a morir, y de asfixiarme con consejos moralizantes; he leído lo bueno que es ser siempre consciente de que “polvo seremos, ¡Ya lo sabemos!”.

¡Juanjumaría, qué fácil me cierro puertas! Sólo con escribir estos párrafos siento un alivio, unos suspiros, señales de que me andaba acogotando por no tener presente en mis pensamientos a la dama de negro, cuando en mis pensamientos puede andar lo que me venga en gana, y no quiero terminar esta parrafada con ninguna conclusión final. ¡Campo libre, como me corresponde!

*Me acerco a este escrito con talentos diferentes. Este escrito se me hace extraño. Me llama — y no siempre le contesto —; otras veces me lanza voces exigentes, me conmina. También me acoge. Me da pereza, me extraña. Se me hace raro, tiene algo de tentación, de esas a las que uno se resiste la mayor parte de las veces y en las que caigo lo suficientemente a menudo como para continuar tentándome. Ahora, por ejemplo, no apago la tonta tele que me está interfiriendo; apagar convertiría el momento en algo solemne, cortante; y no apagar me deja un regusto de cabreo, de indignación; como si no me estuvieran dejando entregarme a mi gusto a mi cosa.

A veces me fijo sólo en hacer un escrito honesto, y a veces me paso el rato tratando de no incurrir en errores de artificialidad (ni de pedantería, ni de imprecisión...). Es en ciertos párrafos un ejercicio, los deberes para casa. Y una confesión. Y una indagación. Y una tortilla de revueltos. Y un cuento.

Y un dibujo, un dibujo de Miró. ¡Qué va! Un dibujo de algún otro, de alguien que muestra sólo el final de un indicio.

Y una oración, y esto que estoy ahora diseñando: un alivio. Una palabra de ayuda. Una palmadita en la espalda dada a deshoras, no en el momento del drama, sino en un inesperado lapsus. Hoy hemos ido al San Vicente, y no hay novedad, en fin. Correcto, tranquilizador; algo de hígado que sube, y una sensación de que es mejor que mantenga mi paciencia. No drama. Y ahora — el día ha estado de un azul muy agradable, he estado tiempo en la terraza, no he trabajado, me siento okey — una palmadita de ánimo. Ahora (que no la necesito, ahora que sí que...).

Y sobre todo es la fotografía de una tempestad, algo plano, en dos dimensiones, y congelado, y ausente de ruido, de la vibración del trueno, del olor a ozono, del viento y del exacto tono de temperatura.

Preciso dibujo que permite captar con la nitidez de una centella la congelación de lo suscitativo; al mismo tiempo que desesperante barrera que limita y no deja ir más allá, hasta la misma tormenta, que es lo que desea representar).

* Estuvimos antesdeayer con el cura-brujo que encabeza este capítulo, visitándole en su casa en Alberite (al lado de Logroño). Rectifico su diagnóstico catastrófico, lo cambio por otro anastrófico: no hay ni rastros de cáncer.

Trabaja con un péndulo grueso, como una linterna que tiene en un extremo un muelle, una varilla y un círculo dorado. Es un hombre mayor, con ojos claros, esqueleto alargado y una risa que subraya con una paradoja sus afirmaciones: *“Yo, como he hecho control mental, puedo inventar medicinas, ja, ja”*.

La visita resultó agradable y echó un cebo tentador a la esperanza; lo cierto es que a la noche siguiente lloré un poco, lo que es raro en esta temporada. Como si sus palabras hubieran labrado una grieta de acceso a la cámara de las emociones: alivio, tristeza, susceptibilidad, esperanza... (No sé si es esperanza lo que necesito. La esperanza habla de mañana, y eso se me hace ahora algo peligroso. Es como si al disponer de esa promesa de mañana fuera a comerciar con ello, haciendo tales cosas “porque mañana..., o para mañana...”. Y transacciones de ese

tenor son para mí de lo más peligroso, porque atentan directamente contra lo que más quiero).

(No, no por eso: son peligrosas porque pico con ellas, porque a la primera de cambio regalo mi tiempo, alquilo mi cabeza y mi determinación, me pongo a llevar maletas a los otros, a dejar de utilizar tiempo para mí, a cualquier forma conocida o por descubrir de olvido de mí. Como un pájaro bobo, pico, como un tonto de Carabaña. Como me olvide de que estoy delicadito, me enfundo mi sonrisa robot de ¡claro-que-puedo-hacerlo-sin-favor!, y me precipito de lleno en la segunda fase: renuncia de mi-decepción de los otros-desconexión de mis sentimientos-catástrofes cada vez más desportilladas!)

*Postquimio leve, malos humores, ¡todo se vuelve pensar en comida!

Poca diarrea, cierta aerofagia, unos fragmentos de la lumbalgia, con el trabajo cierta desgana, gran entusiasmo con Subijana, enormes ganas de vacaciones, algo de fútbol y de follones, tema de peleas, tema que irrita con la losune y la Margarita! ¡Falta de tiempo! ¡Pérdida de rumbo! ¡Confusión! ¡Acentuación vital deficiente y/o errónea! ¡Ideas para todos! ¡Escasas realizaciones! ¡Reproches internos! ¡Intelectualización anti emocional! ¡Falsa ecuanimidad! ¡control aplicado en la imaginación en vez de en la práctica! ¡Escamoteo en los problemas concretos! ¡Apertura emocional! ¡Apertura de ideas! ¡Paciencia. Desasosiego y basta, y vale!.

No hay más que mirar ese stacatto de las frases precedentes, y esa actitud de entomólogo en el catalogar/fragmentar/definir aquello que no es sino un océano, aquello para lo cual una enumeración de sus cualidades vale tanto como un recuerdo de olas para comprender el Atlántico. Las olas de la mente, qué utilizada y qué precisa y perfecta metáfora, las olas que rizan la superficie y alarman a los medrosos y encantan a los bobalicones.

Me tengo a régimen: una de palo y otra de zanahoria. Ya se ve cómo se me tuercen las cosas hacia el dualismo. Aunque también es cierto que estoy metido en obras de ampliación del corral; pretendo que tanto los palos como las zanahorias gocen de mayor espacio vital e incluso compartan áreas cada vez mayores. Según voy viendo, estoy abocado a propiciar cruces transgénicos entre zanahorias y palos.

Renuncio a mí; cada día renuncio a mí. Cada día echo abajo la tarea de la jornada — mira por dónde sale el simbolismo de todas esas fábulas de “El Puente del Diablo” — y me rehago: doy razones a mis deseos para que se pertrechen en la lucha contra la próxima renuncia de mí. Luego, vuelvo a renunciar. Cada día renuncio a tener razón, a saber, a proyectarme a través de los demás, y al mismo tiempo renuncio a pasar desapercibido o a dejar a los demás quedarse con la razón. No es exactamente un contradecirme, sino que es un afirmarme voluntario, convulso y sereno, qué te voy a contar. Renuncio al humor. A todo menos a la cocina; pero veinte veces por semana renuncio a la cocina.

¿Es compatible eso con una mínima coherencia, con el Buen Amo de Casa? Creo que lo estoy consiguiendo, qué compatibles conviven ambos yoes, que casi son el mismo. Tan lejos como estoy de la perfección, tan lejos de la iluminación, exento totalmente de sabiduría, al mismo tiempo tengo algo que ofrecer.

Qué cosas, sólo percibo algo acerca de si escribo muy constreñido (estreñido).

IX

Treinta de Mayo. Ya se han ido los últimos fríos y empiezan a insinuarse los primeros calores. Me toca semana de Basurto, break, llevo fuerte, con 66 kilos. Sueños largos, tiempo largo, tan largo que da pie a que me vuelva a preguntar ¿cuánto tiempo hace que...? y que desemboque en asociaciones acerca del tiempo, la memoria, la prolongada duración de la vida.

Me doy cuenta de... que pienso “tengo un cáncer”. Dicho así, nada que ver con “Tengo cáncer”. Es algo que se ha venido metiendo en mis latiguillos mentales en los últimos tiempos; voy por la calle, o estoy en la consulta, en cualquier parte, y me escucho eso diciéndolo. Estoy diciéndome esa frase. No es que esté trayéndome ante mí un recordatorio de nada, no: es sólo la frase, un nuevo relato del que se alimenta directamente el Ego, siempre con hambre y siempre conmigo suministrándole comidita. (“tengo cáncer” describe una situación en la que yo estoy envuelto; “tengo -un cáncer” da toda la importancia la yo, que queda al margen de lo que sucede y que se adorna con esa riqueza como lo podría hacer con cualquier otro “yo-tengo...”).

Me mosqueo, aunque no es enfado lo que siento, ni me importa demasiado, ni me preocupo de ello, ni casi casi siento desolación ante esta nueva cabeza de la Hidra. Eso sí, no puedo dejar de advertirlo en toda su dimensión: potencialmente es material de construcción adecuado a la autoconmiseración, específicamente a la del tipo rencoroso, aquellas excusas que se usan al

tratar uno de no responsabilizarse de las torpezas producidas por puritita falta de atención (voz interna diciéndose: “claro, como tengo...”). Cosas así, cosas de la guerra fría, sombras amenazadoras que a lo mejor no vienen seguidas de ningún desembarco de tropas enemigas... (y llegan los fastos del aniversario del desembarco de Normandía, reventando de desembarcos; y Enrique, que me cuenta de cómo leyendo el Jodorowsky se ve metido en circuitos sincrónicos).

(me asombra la feracidad de mis terrenos mentales; cualquier cosa que se siembra crece y asilvestrada, como el mal trébol, ¿o es la correhuela?. Así, — como un cáncer... — ha ido desgajándose del asunto del cáncer hasta devenir en un slogan).

Tengo no menos de tres direcciones para encaminar escritura. Una apunta por el sendero del estilo: de lo estrecho que noto en mi escribir, de la angostura, de cómo oprimo — más que condenso — reflexiones ya de por sí sintéticas hasta el corsé; de cómo eso refleja una sensación de presión que tiene que ver con premura, con achicamiento ante un auditorio, como si tuviera que decir todo en un momento antes de que se levanten, dejen de prestarme atención y se vayan. Quedaba insinuado en el último párrafo del capítulo anterior, donde colgaba la frase acerca del estreñimiento (estilístico, entiéndaseme bien) como condición para percibirme.

Otra recoge la alusión que aparece páginas más atrás, cuando digo algo acerca de instrucciones sapientísimas para mis funerales, y esta la dejo y la dejo porque sólo la escribiré en estado de entusiasmo, cuando esté en vena. Pero, por si la vena se me obstruye: se inspira en un relato que Gurdjieff trae a colación a raíz de la muerte de su amigo Orage: asegura conocer una región que mantiene antiguos usos para los funerales. Los parientes del difunto emplearían los tres primeros días postentierro en reunirse y cantar los defectos del difunto con toda minuciosidad; las faltas que tuvo y que le impedían ser una persona como hay que ser. Y después de eso, un banquete y una semana de recuerdo de la propia muerte, una especie de examen de conciencia para evitar caer en demasiados errores y terminar por perder el rumbo de la vida. Y adelanto además la sincronía de esta dirección con la manera de leer el Jodorowsky que me ha contado Enrique, y con el capítulo de la vida de Drukpa Kunley con que yo le he replicado, es decir, la zambullida en la charca de cieno de la vergüenza, la captura del diamante allí donde — entre otras localizaciones — yace.

La tercera es más que una dirección. Se enuncia así: “¡Soy tan igual a todos los demás!” “¡Soy tan el mismo que vosotros!” O bien, “Soy los otros”

Todo lo cual no es sino congelar en una loncha la historia de mi vida, aquella que viene de intentar ser a base de intentar ser como los demás, atraviesa un momento en el que revelo a Claudio que estoy buscando “un paradigma”, queriendo explicar que estoy dispuesto a ser de cualquier manera que sea que haya que ser, a costa de mí por supuesto, con tal de alcanzar a ser; y llega a este momento en el que descubro que ser yo es precisamente la forma adecuada de ser. Es un foco del que nacen ondas concéntricas o un nicho al que se dirigen todos los sonidos; es, creo yo, una vez más, bajo otra especie, la razón de ser de este escrito.

*¡Ah, Pilar!, las cuestiones de estilo, ¡y qué bien enmascaran cuestiones muy de fondo!

Fíjate qué cosas: le doy cienmil vueltas a lo del estilo... en mi diario íntimo.

¿Qué necesidad tendré de aplicar mi exigente paladar, será una cuestión de vanidad? No es eso lo que pretendo. Pienso acerca de mi estilo porque pienso acerca de mi estilo de vida. Es decir, de aquello preciso que hago; ¿qué es el estilo sino la verdad?

No sólo pretendo decir la verdad de lo que hago, de lo que vivo; es que ese narrar es parte de esa verdad. Busco, a través de trabajarme el estilo, trabajarme a mí mismo. Un ejemplo, que me estoy armando un cebollón abstractísimo:

No sé si recordarás que mi vocalización suele ser algo oscura; mi ritmo hablando, veloz y atropellado; mi expresión emocional, algo que se mueve bien por la euforia, bien por la disforia (aunque en estos últimos años he ganado un buen terreno a las zonas más plácidas y menos estridentes). Cualquier paciente de Psi medianamente dotado se da enseguida cuenta de que tales formas de expresión tienen que ver con la propia personalidad y son susceptibles de mejora. Pues bien, encuentro a menudo el mismo aire atropellado en mi escribir. Un aire quebrado, configurante de figuras extrañas, de chistes por sorpresa, de disculpas; una intranquilidad. Ante eso, me voy al papel y hago gimnasia, trato de ejercitar los músculos que menos trabajan de mi cuerpo intelectual. Adopto construcciones extrañas para forzarme a hacerlas; rompo las cadenas más sesudas con interpolaciones rastacueriles, miro el resultado...

y veo una prosa quebrada, disarmónica, graciosa, sorprendente; a veces me veo dibujado y me doy un alegrón.

Y vuelvo a intentarlo. Quiero llegar a escribir diciendo claramente lo que quiero decir; al mismo tiempo quiero llegar a ser lo que quiero ser a través de la tarea de escribir, ¿Qué es lo que quiero ser? Alguien franco, claro, libre.

Lo principal en el Tantra es, su raíz más profunda es, su cualidad más intrínseca es, su decidida e irrevocable aceptación de todo aquello que brota del hecho humano. Siendo - para eso fue concebida- la vía mística adecuada para estos tiempos de desorden, entiende y acepta la inutilidad de procurar anular lo que tradicionalmente se quiere anular en el individuo: las pasiones. Y ahí no entra en signos positivos o negativos. Afirma que hay que aceptar el posible amor a la belleza que pueda uno sentir; e igualmente, el miedo, la cólera, el desprecio, la lujuria, el autodesprecio, el fervor, la timidez, la codicia. Nada debe ser reprimido: el hombre libre es quien es, y sólo siendo así puede llegar a ejercitar su libertad sin perderse ni anularse. Puede ser pues crítico consigo mismo; puede decidir dar cuerda a sus pasiones o atarlas corto; manifiesta en sus actos su verdadera naturaleza y no se enreda en contradicciones; afirma su ser hasta en la duda.

En jamás de los jamases me he propuesto yo seguir tan extremas doctrinas a través de mi escritura; sin embargo, veo a través del tipo de esfuerzos que con ella me procuro una orientación muy de este estilo. Por eso yo no llamo autocrítica a lo que pueda parecerlo en mi relato, sino autoafirmación, expansión, pavoneo.

Ese es mi estilo. Cuestionarme, animarme, autoafirmarme, desbordar poco a poco mis propios límites, en el deseo y la espera de poderlo hacer torrencial e impetuosamente, irreversiblemente. (y el día que tal cosa suceda quedarán atrás las vergüenzas y los deseos ocultos de triunfo. Lo oculto saldrá a la luz — lo cual es supersicoanalítico, ¡el emerger del inconsciente ahora que lo pienso! Entretanto, todo son tanteos, intentos de honestidad mezclados con jugadas ojalá que trucadas con ánimo de ganar unos duros, unos pudores, unas indulgencias).

*Me despierto en medio de la noche (del uno al dos de Julio; ¡tiempos sin escribir!, tuve carta de Pili, y de Gustavo, muchas cosas entretanto), y me siembro una semilla de escribir.

Ya venía — por seguir con el símil hortelano — regada de antemano, y fertilizado el terreno; ya me venía viniendo la hormiguilla del qué haces que no te pones a ello. Me digo:

¿Dónde está la muerte? ¿Dónde lo trágico y el miedo? Y, como en un romance, nadie me contesta, hasta el eco aparece amortiguado.

(en un cuento de García Márquez que conocí esta semana pasada, una furcia vieja que tuvo un sueño premonitorio descubre justo al final que al interpretarlo se había equivocado. «¡Dios mío! — se dijo asombrada —, ¡de modo que no era la muerte! (y era el amor...)»)

¡Ah!, si el enemigo se ha ausentado, hora es de invadir su casa y burlarme de él. ¡No has podido conmigo, vieja pelona, ni vas a poder cuando a ti te dé la gana!

(...dicho con el cuerpo hacia adelante y una pata echada atrás, con zapatillas, por si hay problemas salir volao...)

¡Ah!, ¡bien me puedo tomar un respiro antes de contar de qué va lo de esta noche! Unos párrafos pueriles, de hinchada de fútbol, sin cuidar de lo que vaya a pasar en adelante, festejando este gol sin tasa, sin pararme a reflexionar cuán mudable sea la fortuna: hace seis meses estaba jodido y hoy no lo estoy, ¡Una cero y Zamora de portero!

De modo que no era la muerte. (Y ahora sajo cualquier colgadura que pudiera quedar: ¡mañana es mañana!; voy a morir, tal vez de aquél mismo mal, tal vez de otro inimaginable. Pero existe el ahora e incluso el dentro de poco, y de aquel embate no he ido a la fosa. Y

además resulta que no sólo es allí adonde me ha llevado, sino que esta noche me he dado cuenta de que me ha llevado...hasta otro sitio.

Hasta una incertidumbre: así he pensado que lo iba a escribir, apoyándome en lo que escribió *Confucio (a los quince años quería aprender, a los treinta tenía una base, , a los cuarenta, una certidumbre, a los cincuenta conocía las órdenes del cielo, a los sesenta estaba dispuesto a escucharlas, a los setenta podía seguir los deseos de mi corazón sin sobrepasar la escuadra)*...

Se ha dado una cristalización en mi forma de ser; en mi circunstancia vital. Me he detenido, he cambiado el ritmo, estoy asentándome. Estoy como al límite de mis conocimientos. De pronto han empezado a encajar unos con otros, a ordenarse, lo cual incluso me deja espacio libre. Digestión, y al mismo tiempo, asimilación. Maduración. Revelación. Y la acción que debe acompañarles.

Ahí están Unai, y Ana, y el trabajo. La enfermedad, la lectura renovada. La discriminación. Esa sensación maravillosa de no tener nada que perder, de porqué no; la libertad ante la asamblea de exponer mi propio criterio. Otra sensación maravillosa: la de no arrepentirme con esa picajosa insistencia de conciencia escrupulosa. Y el hacer hogar, el aburguesarme; me he detenido en un posada, he dejado de andar sin fin. Me he detenido.

Y se me ha acabado la locura. La adhesión incondicional y unívoca al ideario de la Diosa Blanca *(todos los santos la vilipendian y todos los hombres graves... despreciando a los cuales navegué en su busca... era una virtud no detenerse, seguir mi obstinado y heroico camino*

buscando en el cráter del volcán...). Estoy empezando otra cosa. Pero (no quiero que me queden matices sin pintar), el otro día me caía redondo de bailar dando vueltas la música de los qawali, que es la que prefiero, la que canta la busca inextinguible — y la canta con pasión loca, demente — de Shams-al-Tabrizi por parte de Rumi: la misma búsqueda/demanda/quête del Grial. Así que la diferencia no viene dada porque una cosa nueva haya sustituido a otra pretérita, sino que — quiero creer que es así — por la extinción de los términos “incondicional y unívoca”. Andar en pos no es ya lo único que me cabe hacer; estar, quedarme a estar es algo que se ha incorporado a mi repertorio integrándose en él sin crear contradicciones.

Al mismo tiempo que siento una tranquila satisfacción ante esta revelación, soy consciente de que esto no quiere decir que se me ha terminado el camino. Sí que se ha terminado para algo; es que me parece tanto el trecho andado y sobre todo, que me sabe tan bueno el sitio a donde me ha traído que lo equiparo con el Nirvana; que no concibo mayor bien; que noto que aún la cosecha está lejos de terminar, que hay frutos renovados a cada día que pasa... Pero me fío de los relatos de los viajeros, y aún tengo cerca el tirón de andar como sea hacia el horizonte, y me consta que ante mí vuelven a estar — como ante todos — las pruebas del dolor, el desconsuelo, la enfermedad. He construido una casa pero eso no me pone a salvo de la vida, ni yo lo deseo. Creo, eso sí, que hago bien al amar este estado, al no pedir más ni ambicionar más; al sentirme seguro equiparando mi condición con la de un buda.

Hay mucho por andar, porque aún queda mucho apego en mí y mucha mierda e ignorancia; y porque este cristal que ahora voy teniendo tampoco puede ser la verdad, como no lo han sido las diferentes configuraciones (convulsas u obedientes o estudiadísimas o...) que hanme ido cuajando hasta el día de hoy; aún — creo, siento — se puede hacer más transparente, más sencillo, más libre y más real.

¡De modo que no era la muerte! Porque no es a la muerte donde he sido enviado, sino a una certidumbre, donde las ideas de estos últimos veinte años se ordenan, se están encarnando, cimentadas con una comprensión que me va fluyendo solita, ahora que no hago esfuerzos.

(“Y entonces comprendió que había valido la pena esperar tantos y tantos años, y haber sufrido tanto en la oscuridad, aunque sólo hubiera sido para vivir aquel instante,” termina el cuento)

EPILOGOS

El texto se cerró así, refiriéndose a sí mismo como un cuento, y se cerró de manera tajante y definitiva. Las siguientes notas que conservo datan de meses después, y no se parecen en nada a estas. Podría decirse que, habiendo bebido hasta sentir plenamente satisfecha mi sed, di por concluido este ciclo en particular.

Desde entonces, la enfermedad fue quedando atrás. Me acomodé a ciertas precauciones dietéticas y acudí a los sucesivos controles que me fueron planteando, y escuché que me daban de alta... Había sido un cáncer de colon, y el tumor alcanzaba 4 puntos de 4; pero no había metástasis y mi vida continuó.

En su día di a leer estas páginas a unas pocas personas, principalmente a mi familia, como una manera de ofrecerles la confianza que no siempre había sabido hacerles llegar. Después, pasé largo tiempo sin volverlo a mirar. Cuando regresé, me chocó la intensidad, y su continuo ir y venir desde posiciones extremas. Lo pasé a limpio y terminé por encuadernar unos cuantos ejemplares y pasarlos a unos y otros, amigos y pacientes, cuando el momento me parecía oportuno.

Algunas personas lo encontraron excesivamente duro para conmigo, creyendo que me insultaba y me atorillaba en exceso, y me animaron a ser más positivo conmigo mismo, menos exigente, pero a mí nunca me ha parecido duro. Más bien, me veo acompañándome con gran ternura, respetando aquello que obviamente estaba allí, en mí, y dándome un trato generoso, sin ocultar ni amplificar mis luces ni mis sombras.

Con el tiempo, me he encontrado con otras personas afectadas por procesos de cáncer, tanto en la calle como en mi consulta. Aquel episodio me dio una experiencia; solo una, pero... algo es algo.

Las historias que escucho tienen muchas semejanzas con lo que yo pasé, aunque, claro, vienen vestidas con, por así decirlo, ropas típicas diferentes. Yo era un lector empedernido, un padre reciente, alguien muy enamorado; un psicoterapeuta, un buscador de las causas últimas, un adepto al autoconocimiento. Mis palabras se parecen a mí, y no a ningún otro. Pero es axiomático aquel cuento de los cuatro viajeros que pedían mahatsa, raïm, druif y traube, y cada uno quería uva y lo decía según la lengua de su país. Debajo de mis palabras, que me parecen tan intelectuales, está lo que en cualquier otro, y quiero decir algo acerca de esto.

* Una cosa que busco y procuro en todo el texto es la Verdad. La verdad es una meta magnífica: se llegue donde se llegue, uno sabe que todavía no ha llegado. Es un propósito que

puede motivar la vida entera de cualquiera, porque cada vez que algo se alcanza, o se comprende, uno asciende un peldaño en la comprensión del todo; y en ese peldaño, que es nuevo, por serlo, todo está por descubrir, y la verdad ha de ser nuevamente alcanzada y nombrada.

Pero me parece que, buscando casi sin aliento la Verdad –la verdad que me justifique, llego a decir- estoy buscando el efecto que el encontrarla tiene sobre nosotros los humanos. La verdad consuela. Calma. Refresca. Concede descanso y tregua. Aplaca. El efecto de la verdad- de cualquier verdad!- es el mismo que el de la palma de la mano de la madre posándose sobre la nuestra. Todos los enfermos suspiran por la verdad, lo digan así o no; todos suspiramos por la paz.

*La quimioterapia tuvo sobre mi paciente efectos psicotrópicos. Se dice que es un veneno, y se sabe que es una medicina esencial; yo eché en falta que me explicasen que seguramente me sentiría muy extraño. Mi cáncer me daba sudores, febrícula, dolores de espalda, alteraciones intestinales... pero mi cabeza funcionaba como siempre. La operación (“neo de sigma”, se llama en los informes”) y el postoperatorio acentuaron mi sensación de debilidad; pero, según descubrí, la debilidad fue el mejor recurso contra el miedo y la impaciencia. Era esa debilidad que me hacía sentirme “como un caracol”, apegado al suelo, y no tenía nada de amargo, nada de malo: era una bendición. Luego, las sesiones de quimioterapia fueron otra cosa. Los procesos orgánicos que aquello desencadenaba eran, por lo visto, de tal entidad que mi mente se sentía extraña. Me parecía como si me hubiesen pasado una cinta borradora por la cabeza. Carecía de fundamento, por así decirlo.

Me costó pillarle el tranquilo a la quimio. Duró 6 meses, y me la ponían en el hospital, adonde me acompañaba mi pariente político Avelino Rodríguez. Me acostumbré a llevarme música: me tumbaba en una camilla y me dejaba inyectar durante un par de horas. El ambiente del entorno no era divertido, porque unos vomitaban y otros se quejaban; para eso era la música.

Después, me volvía a casa, pertrechado con unas pastillas antivómitos muy potentes –y que costaban al erario público un dineral tal que me hacía sentir verdadera vergüenza... Y los tres o cuatro días posteriores me sentía como si mi cuerpo fuese agua. Perdía la sensación nítida de mis órganos y mis huesos. Me quedaba en blanco. Cedía al mal humor, al desánimo, al aquietamiento... y volvía a salir a la superficie pero en otro lugar, sin saber nunca donde. Como los estados de conciencia –ordinarios y alterados- eran mi objeto de estudio cotidiano, terminé por orientarme en aquellas marismas mentales, pero me costó. En su día quise comunicar estos pensamientos a los médicos que me seguían, e incluso ofrecerme a ayudar en lo posible, charlando con enfermos o enseñando relajación, pero muy mal debí de transmitirlo, porque no salió de aquello nada. Así pues, lo dejo dicho para pacientes y acompañantes: sentirse raro e inestable durante la quimioterapia puede muy bien ser efecto común de la misma medicación.

- Acudí a un curandero, el cura-brujo; y a una asociación de medicina alternativa radicada en Valencia, que recetaba “ADN de Esterichia Colli”; y tomé, desde luego, homeopatía y oligoelementos. Desde mi entorno me empezaron a llegar voces que me orientaban hacia las medicinas alternativas, y tanta buena fe había tras esos consejos, que terminé por aceptarlos. No se derivó de ellos ningún mal; y es muy posible que sin tale ayudas mi experiencia con la quimioterapia hubiera sido más ingrata.
- Un par de cosas quiero decir acerca de esto. La primera, que la medicina ortodoxa, la tradicional, la alopática es consecuencia de la sucesión secular de vidas de investigadores que lo han dado todo para conocer, comprender y curar enfermedades. Hay quienes la miran con desconfianza, aludiendo a que por ahí se cuelan intereses económicos de multinacionales farmacéuticas sin rostro. Estoy seguro de que hay mucho de verdad en eso. La segunda, que entre los sanadores alternativos los hay insignes investigadores y extraordinarios practicantes y gente errada en las mismas

proporciones que en la ortodoxa. La tercera, que el enfermo tiene derecho a recibir tanta información como se le pueda hacer llegar; y a que se le aconseje y se le anime a abrir los ojos y mirar con claridad, y también a que se le deje en paz con lo que decida. Se trata, señores, de que hay que apostar entre una -o tres- de las setecientas opciones posibles. Y a veces, se acierta, y a veces, no. Ante esta encrucijada en su vida, el enfermo está a solas, en una barquichuela, haciendo un trayecto que puede llevarle a la muerte. Queda prohibido darle el coñazo. Apoyo es lo que se necesita, mucho más que consejos exagerados de tal o cual opción.

Mi entorno fue, al respecto, más que modélico, y nadie me empujó ni me intentó convencer de nada, pero tanta delicadeza merece un premio y al final acepté seguir alguno de los consejos que se me regalaban. Cuando acepté el ir a visitar al sanador, me sucedió lo siguiente: se me pidió una foto actualizada de mí mismo para así ir él sintiendo qué es lo que me pasaba. La envié y me contestaron por carta que mi estado, me dijese lo que me dijese los médicos oficiales, era muy grave. Débil como estaba me levanté indignado. Fui hacia la cita sulfurado, me planté ante él y le reté a que, teniéndome ante él en persona, me dijese qué era lo que me estaba pasando. Me miró, me escuchó y me dijo que no, que no, que yo estaba como un roble; es más, que nunca había tenido un tumor. . Después todo fluyó, ya lo he contado antes, pero aquel primer gesto... fue raro. Por fortuna, su carta no me sumió en dudas inquietantes, pero ¿Qué hubiese sucedido si, en lugar de encenderme en santa ira, me hubiese achicado? No sé, no sé; por si acaso, mi consejo es: prudencia, prudencia, no empujen, no empujen...

- Todos sentimos miedo. El miedo, para no hacernos sufrir, acepta disfrazarse de: preocupación por los otros. De enfado. De arrepentimiento. De autoexigencia. De incomprensión. De humor. Los de alrededor ven mejor que nosotros nuestro miedo;

nos notan alterados mientras nosotros encontramos razones y razones para estar así.

A veces nos preocupamos por sentirnos débiles, como si no fuese debilidad lo lógico que ha de sentir quien acaba de escapar de un cáncer, la peor palabra.

- El miedo no necesita para aflojar que se lo nombre como miedo, ni que se lo reconozca como miedo ni nada de eso. Se va pasando ello solo a medida que las fuerzas y la salud reencuentran sus cauces. La medicina específica, el antídoto para estos miedos es el hablar con los otros, el hablar francamente.
- La resaca de un tumor con quimio –que es de lo que yo sé hablar- viene a durar 18-24 meses. Y es axiomático. La resaca incluye desde la operación hasta el nuevo encaje en el orden de las cosas. Enfermos, acompañantes, tenedlo en cuenta.
- La depresión es algo muy concreto, la paliza post-cáncer, otra cosa. Uno puede padecer una paliza hasta más dura que algunas depresiones, pero sin serlo. La depresión –y esto es una enseñanza directa de mi maestro Memo Borja- incluye rabia, vuelta contra el mundo, y corte con los canales de comunicación con los otros. Quienes entran al cáncer sin amor bien pueden salir por una depresión; quienes entran con amor, salen tras un largo berrinche. La depresión es medicable y en ocasiones necesita ser medicada; el berrinche solo necesita amor y paciencia –que viene a ser lo mismo....
- Victor Atin, que me operó –y tiene desde entonces altar en mi familia- le decía a Ana: “Ya quisiéramos tu y yo estar como va a quedar este cuando todo termine”... Bien sabía lo que se decía. En mi vida no ha habido ningún antes/después como aquel, y el Nuevo Mundo al que fui a parar exhibe ante mí riquezas antes impensables; y yo echo ahora mano de recursos personales que me pegan como al cristo tres pistolas, pero que ahí estaban, al alcance de mis manos, para cuando quisiese dejar a un lado vergüenza, orgullo y miedo.

- Las lecturas de “Monte Sinaí”, de Jose Luis Sampedro, o de “El caballero y la muerte”, de Leonardo Sciascia; de “En vísperas del morir” de losu Cabodevilla, de “La audacia de vivir” y “Para morir sin miedo” de Eduard Desjardins, del “Libro tibetano de la vida y la muerte” de Sogyal Rimpoché, de “Una pena en observación”, de C. S. Lewis y la película a la que dio origen, “Tierras de Penumbra”, de “El principito” de Saint-Exupery o del Tsuresuregusa, de Kenko Yoshida, obras que atienden a la muerte, hace, qué duda cabe, más interesante y fértil el tiempo que pasamos en esta sala de espera.

* Como terapeuta aficionado al enfoque de la Terapia Gestalt, me pregunto: ¿se nota en algo mi oficio este ejercicio de escritura? Y si se nota, ¿en qué?

Me respondo que: en el continuo de atención, que es la médula misma de la Gestalt. Se trata de ser consciente de lo que uno hace al mismo tiempo que lo está haciendo, y no es tan fácil de practicar como pareciera...Aquí se ve bien en el flujo de las ideas, y en algunos párrafos en los que reflejo la sensación concreta de plegarme a los altibajos de mi estado mental y físico; subidas y bajadas y todo ello con un centro de gravedad muy bajo, como un muñeco tentetioso que recobra su verticalidad por mucho que se le zarandee.

También se dejan ver los recursos tópicos de la práctica Gestalt, como los diálogos conmigo mismo, la manera de recibir los mensajes de los sueños, el vaivén de polaridad a polaridad como único medio para explotar toda su anchura la experiencia.

Y en que, en la medida de mis posibilidades, establezco mi centro de operaciones en medio de lo que sucede, en el vacío neutro, y allí vuelvo al final de cada compás, dejando que surja desde el vacío el siguiente impulso; siguiéndolo hasta que se desvanece y volviendo a situarme en el lugar neutral.. “Soy un prestidigitador”, decía el filósofo Friedlaender, “meto mi mano en mí como si fuese una chistera y me asombro yo mismo de las cosas que de esa chistera salen una y otra vez...”

He escuchado que E. J. Gold, mientras conducía un grupo de crecimiento en un albergue aislado de montaña, aprovechó la circunstancia de que cayó una gran nevada para hacer creer a los residentes que sus vías con el exterior estaban irreversiblemente cortadas y que iban a morir pronto, y les exhortó a que aprovecharan sus últimos días para poner en práctica todo aquello que supieran acerca de la

preparación para morir. Yo viví esa misma experiencia durante aquellos meses. Ante la vecindad de mi fin sumé todo lo que había ido entendiendo con todo lo que había intentado entender y toda mi intuición y lo que resultó fue que me dije una y otra vez, porque necesitaba hacer inventario para así saber quién era yo. Vine a decirme: negar es lo que tengo que evitar. ¡No niegues nada, no pases tiempo fuera de tí negándote o corrigiéndote. Ahora es el momento, no hay después, acepta ahora, no pongas barreras artificiales donde sólo hay pura luz de la verdad. El pis es verdad, el miedo es verdad, el despiste, el desconcierto, la neurosis son la verdad si yo estoy entero allí. Ahora estoy aquí. Ahora estoy aquí. Ahora estoy aquí.

Con esta práctica, llegué a considerar que el tumor tenía tanto derecho a vencer como el resto del organismo a vencerle a él. Y que morir o vivir eran en cada momento la misma cosa. Y no es que yo quisiera escribir un ejercicio de ecuanimidad, antes bien me permití escribir un ejercicio de soberbia, el relato de un buscador dejando tras de sí una huella imborrable, algo que fuera leído en público, en el púlpito, que hiciera llorar y admirarse al público. Fue el hecho de ver mis motivos y permitírmelos lo que me permitió escribirlo, no avergonzarme por ello y tampoco engañarme demasiado con ello, y convertirlo en cierto modo en algo que me acompañó durante la travesía y que, tal vez contribuyó a que no me ahogara.

Noto que al principio tengo miedo y hago poco alboroto, junto las palabras en un puñado y paso por cargarme de responsabilidades aunque al mismo tiempo me anime a liberarme de ellas. Después, ya operado, me hago un lío con qué habrá de ser lo siguiente y cómo haré para comportarme, y la escritura se pone mental, llena de frases largas y difíciles de seguir. Y desde la mitad aproximadamente, empiezo a habitar un nuevo espacio en el que no busco tanto justificarme, sino expresarme, como si me hubiera dado derecho a que me estuviera ocurriendo lo que me ocurría, y la escritura se abre y se transforma. ¿Agonía, muerte y resurrección, como alguien me apuntó?. Puede ser. También la imagen del curso de un río: primero sale a presión, se hace arroyo, turbulento, sin orden; luego se amansa, toma anchura, y al final se mete en meandros, se solaza, desemboca...

(Aunque uno haya luchado cien veces y otras tantas haya salido vencedor, no por ello solamente merecerá el título de héroe, porque cuando la suerte acompaña, no hay nadie que no tenga valor y venza al enemigo. Solo cuando el hombre acepta con serenidad la muerte, después de haber quebrado su espada y agotado todas sus flechas, negándose hasta el último instante a postrarse de hinojos ante el enemigo, demuestra ser un verdadero héroe. Nadie, pues, debe gloriarse de ser un buen soldado mientras le quede una gota de sangre en las venas. (Kenko Yoshida, Ocurrencias de un ocioso, p. 83).

